

*Érase
una vez
en diciembre*
Claudia Cardozo



ÉRASE UNA VEZ
EN DICIEMBRE
CLAUDIA CARDOZO

© Claudia Cardozo

Edición: Claudia Cardozo

Diseño de portada: Roma García

Primera edición: Diciembre del 2020.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los personajes son ficticios; cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro. Ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio salvo permiso expreso de la autora. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Este libro está dedicado a todos aquellos que mantienen
la ilusión y que, por difíciles que resulten los días,
continúan en busca de su estrella.*

«Este es el mensaje de la Navidad: Nunca estamos solos.»
Taylor Caldwell

ÍNDICE

ELIZA

BEN

NOTA DE AUTORA

AGRADECIMIENTOS

CONOCE UN POCO MÁS DE LA AUTORA

ELIZA

El año de Eliza Summers no había hecho más que empeorar desde el momento en que empezó.

Primero fue lo de su madre, que eligió esperar a la mañana después de que celebraran la llegada del nuevo año para anunciar que había decidido mudarse a Canadá con su nuevo novio.

A Canadá. Con un hombre al que apenas conocía. El hecho de que aquel hombre le agradara y que le pareciera el mejor tipo con el que su madre se había involucrado desde que podía recordarlo no fue un gran consuelo. Hasta entonces solo habían sido ella y su madre y de pronto se vio diciéndole adiós sin saber cuándo volvería a verla.

Bueno, en realidad no era cierto aquello de que solo habían sido ella y su madre. También estaba su hermana Linda, pero ella también se fue; lo hizo mucho antes, cuando se casó y formó su propia familia, así que a Eliza no le había quedado otra alternativa que hacerse a la idea de que ella y su madre eran una especie de equipo de dos, compañeras. Pero claro, la señora Summers no había estado de acuerdo.

A la marcha de su madre había seguido el cierre de la empresa de diseño gráfico en la que había trabajado durante tres años. Su jefe la mandó a llamar a mediados de mayo para decirle que había decidido vender porque las cuentas no daban para más. Era una empresa pequeña y apenas había conseguido sostenerse en el último año; era difícil mantener una cartera de clientes que les permitiera sufragar los gastos cuando las nuevas tecnologías habían dado un bandazo en el mercado. Muchas personas que habían recurrido a ellos hacía unos años ahora se volcaban a realizar sus propios diseños en línea a un costo mucho menor del que ellos podían permitirse cobrar.

Su jefe fue muy amable, incluso le dio una pequeña gratificación que no le correspondía y le deseó la mejor de las suertes; según él, seguro que con su talento para el dibujo podría encontrar algo mejor muy pronto.

Unos meses después, en tanto Eliza se afanaba por cambiar el pienso de la jaula de un hurón particularmente malhumorado, tuvo que reconocer que las predicciones del bueno de Owen estaban lejos de haberse concretado.

No solo no consiguió un buen trabajo sino que no pudo dar con uno relacionado con su especialidad antes de que sus ahorros empezaran a descender de forma alarmante. Así que no le quedó más alternativa que buscar algo más. Cualquier cosa que le sirviera para pagar las cuentas.

Lo bueno fue que no le tomó mucho esfuerzo encontrarlo; no solo eso: la paga era decente y le quedaba cerca de casa. Lo malo... bien, lo malo era que no era precisamente la clase de empleo que habría tomado de haber podido elegir.

—¿Cómo le va a *Cosmo*? ¿Está cómodo?

Eliza ahogó un suspiro y sonrió al oír los pasos de la señora Fitzwilliam tras ella. La mujer era un encanto, se recordó cuando la vio introducir un dedo por entre los barrotes de la jaula para acariciar los morros del animal que, como por obra de gracia, había decidido enroscarse y parecer muy pacífico, nada que ver con las poses de demonio de Tasmania que asumía siempre cuando ella se le acercaba.

—Ya me gustaría a mí sentirme tan a gusto —respondió ella dirigiéndole una mirada recelosa—. Estaba a punto de terminar con él y luego me pondré con *Buster*.

La señora, que era una de las mujeres más altas que había visto, mantenía una postura encorvada y reía entre dientes mientras hacía algunas carantoñas al animal.

—Bien. He visto que parece estar mejor pero hay que mantenerse muy atentas con él. Solo por si acaso.

Buster, el pequeño erizo, era el residente más viejo de la tienda de mascotas y el consentido de la señora Fitzwilliam. La dueña de la tienda hacía los ruiditos más graciosos para llamar su atención cada vez que pasaba junto a su jaula y nada parecía alegrarle más que cuando el erizo elevaba la cabecita con suavidad para fijar sus ojos oscuros en ella.

A Eliza no terminaba de convencerle esa comunicación que la señora parecía entablar con todos los residentes que tenían en la tienda, como ella les llamaba, pero tampoco se esforzaba por encontrarle sentido. Le gustaban los animales como al que más, pero estaba lejos de ser un doctor *Dolittle*.

—Nunca hubiera pensado que un erizo requería tantos cuidados.

La señora Fitzwilliam asintió al oír su comentario en tanto la veía asegurar la jaula del hurón, que pareció muy satisfecho de que lo dejaran en paz.

—Son muy frágiles, pero valen la pena; son los animalitos más afectuosos que puedas imaginar.

A Eliza no se le ocurrió contradecirla aunque la verdad era que le parecía que eran más bien indiferentes, como la mayoría de los que se encontraban en la tienda.

El negocio de la señora Fitzwilliam se encontraba cerca del edificio de apartamentos en que había vivido siempre, algo apartado del centro de Boston. Era una zona muy poblada y tan lejos de las más renombradas de la ciudad que los alquileres eran accesibles y, según le contó la señora cuando llevaba un par de semanas trabajando allí, fue eso lo que le permitió reunir el dinero para rentar el espacio y cumplir su sueño de tener una tienda de ese tipo.

El lugar en sí no era muy grande pero el señor Fitzwilliam era contratista y había logrado dotar al espacio de una apariencia muy agradable. Aprovechó los techos altos para acomodar una hilera de estantes multicolores en los que apilaban los juguetes para mascotas que eran el orgullo de la señora Fitzwilliam y las enormes bolsas de comida estaban dispuestas en un semicírculo en un extremo del lugar. Había una trastienda que fungía de almacén y un pequeño espacio en el que Eliza acostumbraba comer cuando no le daba el tiempo para ir al café que tenían al otro lado de la calle y que ofrecía unos almuerzos bastantes económicos.

Habían sido unos cinco meses muy raros, se dijo ella en tanto seguía a la señora al mostrador. Jamás hubiese imaginado que terminaría trabajando en un lugar como aquel, pero aunque no hubiera sido sincera de no reconocer que echaba de menos su viejo empleo, donde podía hacer lo que en verdad le gustaba, allí tampoco le iba tan mal.

—Voy a necesitar que mañana te quedes una hora más después del cierre. Traeré algo de casa para que ambas podamos cenar ¿qué dices? El señor Fitzwilliam dijo que hoy prepararía lasaña y pensé en guardar un par de trozos para nosotras...

Eliza frunció el ceño; no tanto por el pedido en sí, que no era poco habitual; no era raro que se quedara un rato más al menos una vez por semana para hacer un inventario o pasar las órdenes de algunos pedidos de última hora. Lo que le llamó la atención fue la expresión ilusionada en el rostro de la señora; no parecía como si resintiera tener que quedarse también y sacrificar el poco tiempo que podía pasar en compañía de su marido y sus tres bulliciosos hijos.

—Claro. No hay problema.

Su jefa pareció encantada con su respuesta; tanto, que Eliza la vio dar palmaditas y no pudo menos que arquear una ceja.

—Procura traer ropa cómoda —sugirió la señora al vuelo.

—De acuerdo...

—Nada inflamable.

—¿Qué?

La señora se inclinó para tomar una pecera enorme y la sostuvo como si no pesara nada en

tanto le dirigía una mirada sonriente en la que Eliza creyó distinguir un leve tinte de vergüenza.

—Es posible que me haya pasado un poco el año pasado y tuvimos un pequeño incidente. Nada serio —se apresuró a aclarar ella ante su expresión intrigada—. Unas cuantas llamas. Ni siquiera hizo falta llamar a los bomberos; lo solucioné de inmediato con el extintor.

—Ya. ¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer? —Preguntó Eliza empezando a sentirse un poco preocupada.

—Pondremos las decoraciones navideñas, por supuesto.

—Pero... todavía estamos en noviembre.

—Fines de noviembre —corrigió la señora luego de dejar su carga sobre un aparador—. Vamos con mucho retraso, en realidad. Siempre me ha gustado empezar en octubre, pero estas semanas hemos tenido demasiado trabajo...

—Octubre —susurró Eliza, consternada— ¿Decora la tienda para Navidad en octubre?

La señora rio e hizo un gesto distraído.

—¡No seas tonta! Sacamos las cosas del almacén en octubre, pero no empezamos a decorar hasta inicios de noviembre —aclaró ella.

—Aun así. Es demasiado pronto...

—No lo creo. El tiempo pasa muy rápido, y además, la Navidad es una época tan bonita que me gusta alargarla tanto como puedo. ¿Cuándo acostumbran ustedes poner el árbol y esas cosas?

Eliza estuvo a punto de decir que ya no había un «ustedes» en lo que a ella se refería. Sin la presencia de Linda y ahora, tras la partida de su madre, su pequeña familia se había reducido a un solo miembro: ella. Y si de por sí, cuando estaban las tres, nunca se habían afanado mucho por celebrar la Navidad más allá de los correteos para decorar la casa al descuido un par de días antes de la víspera y las acostumbradas carreras para comprar los regalos y preparar una cena sencilla, ese año no tenía planeado hacer nada en especial. Aun más, en lo que a ella se refería, pensaba hacer como si fuera un día cualquiera.

Pero no quiso sonar rara ni tener que dar demasiadas explicaciones respecto a por qué le emocionaba tan poco la temporada, de modo que se encogió de hombros para dar a entender a la señora que no era algo acerca de lo que le apeteciera hablar. Por suerte, ella pareció entenderlo porque enrumbo su artillería a un tema menos peliagudo que no fuera el escaso entusiasmo de su ayudante.

—Bueno, de cualquier forma tenemos que poner manos a la obra. El año pasado ganamos el concurso y no podemos ser menos este —comentó ella.

—¿Qué concurso?

—El de decoración navideña —explicó ella—. Se organiza todos los años entre los negocios de la zona.

—¿En serio?

—Sí, claro. Y tuvimos también una mención especial como el mejor iluminado.

Eliza contuvo un gruñido.

—Por eso lo de la ropa inflamable —aclaró la señora luego de tenderle una ruma de revistas de psicología animal—. El señor Fitzwilliam dijo que debió de tratarse de un cortocircuito por una sobrecarga... demasiadas luces. Tendré más cuidado, pero solo por si acaso... y sujétate bien el cabello. El año pasado estuve a punto de desaparecerme el flequillo.

Eliza se llevó una mano a su cabello castaño que llevaba suelto sobre los hombros y lo echó hacia atrás por instinto.

—Está bien —aceptó ella a regañadientes.

—Estupendo. Será divertido; el año pasado no tenía a nadie que me ayudara y tuve que hacerlo

todo sola —comentó la señora con un suspiro de agrado antes de observarla con expresión ansiosa— ¿Tienes algún pedido en especial?

—¿Pedido?

—Musical —explicó ella—. A mí me gustan los clásicos. Un poco de Sinatra, algo de Armstrong, pero tengo todo tipo de discos; podemos poner lo que gustes.

—¿Se refiere a villancicos?

—Sí, claro. ¿Te gusta Bublé? Mi hija lo adora.

Eliza hizo un gesto vago.

—¿Acostumbra oír villancicos mientras decora?

—¡Por supuesto! ¿Tú no?

Iba a ser una hora muy larga, se dijo Eliza forzándose a contener una mueca y esbozar lo más parecido a una sonrisa que pudo fingir.

—¿Sabe qué? Usted escoja —ofreció ella—. Lo que prefiera estará bien.

—Como quieras.

Eliza abandonó la tienda unas horas después con el torso embutido en su chaqueta favorita, que era lo bastante mullida para protegerla del aire frío que había empezado a azotar los árboles de la calle. Le parecía increíble que estuvieran ya a puertas del invierno y, por ende, de la Navidad. De no ser por la señora Fitzwilliam, era posible que no hubiera reparado en ello hasta unos días antes; tan poco le importaba ese año.

En realidad, habría preferido que su jefa no mencionara nada porque así hubiera sido más fácil ignorarlo. Ahora, aunque pensaba mantener a raya toda esa tontería en su apartamento, iba a verse obligada a fingir un entusiasmo que estaba lejos de sentir solo para no decepcionar a la señora.

Nunca entendería por qué la gente le daba tanta importancia a esa celebración, se dijo al dar una patada a una piedra con la que estuvo a punto de tropezar. Era una excusa para gastar de más, beber mucho y comer hasta reventar; además de medir el afecto que uno pudiera sentir por alguien gracias a los regalos que la mayoría se afanaba en comprar.

Todo el mundo finge ser mejor de lo que en verdad es en Navidad, musitó entre dientes al arrebujarse mejor en su abrigo y dar una mirada alrededor para estudiar los comercios de la cuadra que, descubrió con horror, habían empezado a decorar sus escaparates. Incluso creyó reconocer la espantosa figura de un enorme muñeco de nieve inflable asomando del techo de una zapatería.

Tira de chiflados despilfarradores. Eso era lo que eran, se repitió una y otra vez tras fruncir el ceño y desviar la mirada hacia una esquina poco iluminada, donde hasta el mes pasado funcionaba una heladería que siempre le pareció demasiado elegante para la zona. No fue raro que el negocio cerrara al poco de abrir y tampoco que un anuncio de «se alquila» permaneciera colgado durante semanas antes de notar que lo habían retirado hacía algunos días.

Desde entonces, cada vez que pasaba por allí al dirigirse al trabajo y volver horas después, había advertido un ruido proveniente del interior que indicaba que estaban haciendo algunos trabajos para adaptarlo a lo que fuera que pensara abrir el nuevo inquilino. Eliza sentía curiosidad, lo mismo que el resto de la cuadra, e incluso había comentado el tema con la señora Fitzwilliam, que pareció un poco preocupada ante la posibilidad de que pudiera tratarse de algún tipo de competencia, pero Eliza intentó tranquilizarla entonces al decir que a su parecer debía de tratarse de un establecimiento de comida, que eran los más populares en la zona.

En ese momento, se detuvo unos minutos ante la cristalera tapiada y aguzó el oído por si le llegaba algún sonido además del golpeteo que le sirviera de pista, pero no hubo nada que pudiera considerar un indicativo del giro que pensaban dar al negocio, así que, tras dar una última mirada,

se encogió de hombros y se dirigió a la parada del autobús.

Mientras apoyaba la frente sobre el cristal una vez que ocupó un asiento en la última unidad que pasaba por allí a esa hora, y se ajustaba los auriculares, se dijo que en lugar de husmear donde no le incumbía, debería preocuparse por lo que le esperaba al día siguiente.

Una hora junto a la señora Fitzwilliam decorando la tienda con villancicos como acompañamiento musical. Sería un milagro si salía de una pieza de algo como eso, se dijo refundiéndose en el asiento con los ojos entornados por el fastidio. De una pieza y con su cabello intacto.

BEN

No estaba mal. Nada mal, se repitió Ben por tercera vez en lo que iba de la mañana luego de comprobar que las estanterías estuvieran bien fijadas a la pared para resistir el peso. Había hileras e hileras de cajas apiladas en un rincón del espacio y en cuanto estuviera todo lo demás en su lugar, pensaba empezar a desembalar y poner todo donde correspondía.

Iba a tener que armar un inventario y un listado de la distribución, rumió mientras daba una mirada a una pared para asegurarse de que la pintura estuviera del todo seca. El olor era desagradable, pero se disiparía con el pasar de las horas y la brisa que empezaba a colarse por la puerta entornada.

Había decidido trabajar de noche para cumplir con el cronograma que armó cuando decidió embarcarse en esa aventura, pero no se trataba tan solo de eso. También quería mantener el secreto respecto a lo que tenía entre manos allí y luego dar un golpe de efecto en el barrio. Suponía que la gente debía de preguntarse acerca del giro que había decidido dar al local cuando lo tomó en alquiler; ya había atrapado a un par de chicos atisbando por entre las ventanas tapiadas y su ayudante, Deny, le contó que la última vez que estuvo en la cafetería de la otra cuadra lo habían bombardeado a preguntas.

Empezaba a correr contra el reloj si quería llegar a la fecha que había estimado para abrir, calculó dando una mirada al calendario en su teléfono; pero iba a conseguirlo aunque tuviera que pasarse la siguiente semana sin dormir.

Esperaba la visita de unos distribuidores a la mañana siguiente para acordar el envío de cierta mercancía y aun debía rogar porque los hombres de la mudanza llegaran con las últimas de sus cosas para que tuviera cuando menos un sillón en el cual sentarse cuando las piernas no le dieran más por permanecer durante todo el día de pie martillando y arrastrando cosas de un lugar a otro.

Cansado pero más satisfecho de lo que se había sentido en mucho tiempo, dio un golpecito a una de las pinturas que pensaba colgar antes de la apertura y se dirigió a la puerta, que abrió de par en par con un ademán exultante. El aire frío lo golpeó de lleno en el rostro y entrecerró los ojos al encontrarse con la oscuridad de la noche.

No se veía un alma en la calle, advirtió al meter las manos en los bolsillos del pantalón para protegerlas del frío. Despejó de la acera unas hojas caídas del abeto que dotaba de sombra en verano al local y se dijo que tendría que podarlo antes de abrir.

Dio una larga mirada alrededor de la calle y reconoció los viejos negocios que aun mantenía en la memoria; se sintió un poco sorprendido al comprobar que había muchos otros que no conocía, lo que era en realidad una de las razones por las que decidió rentar el lugar en cuanto empezó a estudiar las posibilidades de abrir allí. El barrio se había convertido en una zona comercial y era el momento perfecto para arriesgar. No había un negocio como el suyo en varias calles a la redonda y aunque en su momento eso le resultó deprimente, habría sido un tonto de no aprovecharlo en su beneficio.

Era raro volver, se dijo con una última mirada a lo más alejado de la calle, por el lado que conducía a los viejos edificios de apartamentos que se alzaban más allá del parque en que acostumbraban jugar los chicos de la zona y que parecían tan sólidos como los recordaba. La perspectiva era engañosa, advirtió entonces; aunque parecían encontrarse bastante cerca, él sabía bien que era necesario tomar un autobús para llegar hasta allí, al menos en una noche fría como aquella.

Antes de entrar nuevamente a la tienda, se preguntó si se verían igual desde dentro; si las puertas aun chirriarían al abrirlas, el ascensor continuaría sin funcionar y los pasillos

conservarían ese papel tapiz horroroso que nunca pudo olvidar del todo.

Sacudió la cabeza con un suspiro para alejar los recuerdos al tiempo que cruzaba la entrada y se aseguraba de cerrar bien la puerta tras él.

No tenía por qué perder tiempo pensando en ese lugar, se reprendió al ir por el martillo para empezar a asegurar las baldas tras el mostrador. Tenía un bonito apartamento en el segundo piso que, en cuanto terminara con él, iba a quedar bastante bien. Esa vieja mole desgastada era solo un mal recuerdo; uno tan malo como el de sus ocupantes que, con seguridad, habrían desaparecido también de allí. Y eso estaba perfecto para él.

ELIZA

El sonido de la tetera al hervir obligó a Eliza a salir de la ducha a la pata coja y luchando por envolverse en su vieja bata de felpa; los mechones de cabello mojado se le pegaron al rostro y tuvo que apartarlos con el antebrazo para ver. Lo último que necesitaba era irse de bruces contra algo y terminar con una pierna rota.

Dio una mirada al calendario pegado sobre la encimera de la cocina en tanto se bebía el primer café de la mañana e hizo un gesto de desagrado más relacionado con el hecho de tener que quitar la última página que por lo amargo de su bebida.

Primero de diciembre.

¿Cómo diablos había pasado eso? ¿A dónde se fueron los otros once meses? ¿No había sido setiembre la semana pasada?

Exhaló un resoplido y tuvo que reconocer que no, que no había sido setiembre la semana pasada porque esa había sido la última de noviembre. En la que tuvo que quedarse una hora más durante tres días en la tienda porque la señora Fitzwilliam descubrió que tenía otras seis cajas repletas de adornos navideños que, aseguró, no podían desperdiciarse. Así que Eliza había visto desfilar frente a sus ojos infinidad de guirnaldas, luces y tanta nieve falsa que había soñado con morir enterrada bajo una tonelada de copos que olían a acrílico.

Se sirvió una segunda taza de café y la llevó con ella a su habitación para vestirse. La puerta crujió al cerrarla de una patada y, al asomarse a la ventana, descubrió que necesitaba limpiarla. Tomó nota mental de ocuparse de eso el siguiente fin de semana y buscó algo de ropa abrigadora porque según los reportes meteorológicos era posible que esa noche empezar a nevar.

Dejó el apartamento un cuarto de hora después con paso apurado porque se le hacía tarde para llegar a la tienda y ahogó una palabra mal sonante al advertir que, una vez más, el ascensor había dejado de funcionar. Lo arreglaron hacía un par de semanas, para alegría de los vecinos, pero como siempre desde que podía recordarlo, la felicidad no duró mucho.

Era lo mismo de siempre, se dijo al dirigirse a las escaleras. El periodo más largo de tiempo en que ese ascensor funcionó sin interrupciones fue cuando tenía nueve años y aquello no duró más de unos cuantos meses en los que ella y su hermana Linda pasaron el tiempo subiendo y bajando solo por el gusto de hacerlo, para desesperación de su madre. Desde entonces se había averiado infinidad de veces y solo volvía a funcionar por un par de semanas cuando al casero se le ocurría enviar a un técnico para que le diera una mirada.

Hubiera tenido más sentido que lo usaran como depósito, se dijo Eliza al llegar al rellano del cuarto piso, en donde aguzó el oído para asegurarse de que el perro de la señora Morris no estuviera cerca. Era un animal diabólico que parecía aguardar siempre a que alguien pasara por allí para saltar a sus pies y mordisquear sin piedad lo que le quedara al paso. Eliza ya había tenido que despedirse de sus botas favoritas gracias a él y si nunca había conseguido llegar hasta sus vaqueros era solo porque era demasiado pequeño y ella siempre corría antes de que pudiera alcanzarla.

No había rastros del perro, por suerte, comprobó con alivio al reemprender la marcha. Llegó al primer piso justo cuando daban las ocho en el reloj del vestíbulo que, a diferencia del ascensor, jamás había dejado de funcionar, y salió a la calle con un resoplido por el impacto del frío luego del calor en el interior.

Hizo el viaje en autobús tan rápido como siempre; algo por lo que agradecer vivir cerca del trabajo, se recordó al correr desde la parada hasta la tienda de mascotas no sin antes detenerse un par de segundos para dar una mirada al local de la esquina, del que habían empezado a retirar los

maderos que cubrían las ventanas. Aun así, aunque se asomó al interior con toda la discreción de la que fue capaz, no pudo ver más que sombras a través del cristal del escaparate; eso y oír el murmullo de voces que indicaban que se encontraban aun trabajando para ponerlo a punto.

Eliza reanudó la carrera en cuanto reparó en que las voces callaban de golpe, tal vez advertidas de su presencia. Sintió su rostro arder al correr por el sendero un poco resbaloso y rogó porque nadie la hubiera visto y que, si no tenía tanta suerte, que al menos no logaran ver su cara. Que la tomaran solo como otra chismosa del barrio que no tenía nada mejor que hacer que husmear donde no le incumbía, pidió con el rostro encendido por la vergüenza.

La señora Fitzwilliam ya había abierto la tienda cuando ella llegó y aunque pareció un poco sorprendida por la forma en que cerró la puerta tras ella y su apresurado saludo, sin duda debió de pensar que Eliza era lo bastante rara para no prestarle atención a esas cosas y que tenían asuntos más importantes de los que ocuparse.

Pasaron el resto de la mañana acomodando en la trastienda la mercancía que les dejaron los proveedores a lo largo de la mañana. Era una temporada de ventas altas y tenían que estar bien surtidos para atender los pedidos de sus clientes.

Uno de los veterinarios con los que trabajaban pasó por la tarde para revisar a los animales, como hacía un par de veces por semana y, para la hora del cierre, Eliza estaba tan cansada que ni siquiera tuvo energías para quejarse por los villancicos que su jefa decidió poner a todo volumen para empezar con todo el ánimo la temporada, como dijo. Ni siquiera dedicó una segunda mirada al local en la esquina cuando pasó por allí camino a tomar el autobús, aunque advirtió las luces en su interior y, habría podido jurarlo, una voz surgida de allí canturreaba algo que le recordó peligrosamente a *Jingle Bells*.

BEN

¿Habría sido ella? No, imposible, se dijo Ben al considerarlo por décima vez en lo que iba del día.

Debió de ser un efecto del cansancio; llevaba semanas durmiendo lo justo y habría sido un milagro que pudiera diferenciar a un ser humano de otro en esas condiciones. Pero aun así, cuando esa mañana dio una mirada al ventanal al percibir que alguien intentaba atisbar en el local, habría podido jurar que se trataba de ella.

Esa cara...

Se llevó las manos a la nuca y arqueó la espalda para aliviar en algo sus músculos adoloridos. ¿Cuánto había pasado desde la última vez que la vio? ¿Diez años? ¿Ocho? La gente cambiaba mucho en ese tiempo, intentó convencerse poco después; nada le aseguraba que fuera ella. Ni siquiera podía estar seguro de cómo se vería entonces, era una tontería. Claro que no era imposible que anduviera por allí; a decir verdad, era algo bastante probable, hubiera sido una hipocresía no reconocer que lo consideró al volver al barrio, pero tampoco era como que lo esperara.

Si ocurría, bueno, eso no tenía nada que ver con él, procuró convencerse con un gesto ceñudo, determinado a ignorar cualquier cosa que no estuviera relacionado con su sueño recientemente cumplido o todo el trabajo que tenía aun por delante para asegurarse de que no se convirtiera en una pesadilla.

Él y Deny habían pasado la última semana relleno los estantes hasta arriba con el contenido de las cajas cuyo transporte casi le había costado una hernia y se permitió un segundo para admirar el conjunto que hacían con las paredes pintadas en un suave tono de verde y cobalto y los dramáticos cortinajes que su ayudante había insistido en colgar de las ventanas y del ancho umbral que conducía a otra sala más pequeña donde pensaban acomodar un par de sillones para que los clientes pudieran pasar el rato.

La luz era buena; no demasiado invasiva para resultar incómoda pero lo necesario para no andar en penumbras. Había un par de jarrones sobre el mostrador en los que planeaba poner unas cuantas flores el día de la apertura para dar la bienvenida a los clientes y, si todo iba bien y no ocurría un desastre, Deny tendría el árbol de Navidad puesto en la entrada para la mañana siguiente.

Con unas cuantas luces y las guirnaldas que había empezado a colgar desde la noche anterior, quedaría perfecto y listo para empezar.

Después de eso... bueno, ya verían qué pasaba después de eso, se dijo antes de empezar a tararear un villancico entre dientes.

ELIZA

¿Era eso lo que creía que era?, se preguntó Eliza un par de días después cuando distinguió un letrero colgado sobre la tienda de la esquina. No pudo leer lo que ponía hasta que se encontró casi bajo él e incluso entonces su atención se vio atraída por el abeto asentado justo en la acera con cintas verdes y doradas colgando de sus ramas y que le llevó a fruncir la nariz.

Cualquier rezongo acerca de maniáticos despilfarradores que hubiese podido hacer murió de inmediato, sin embargo, en cuanto volvió a contemplar el letrero y repitió la palabra que vio impresa en él.

Librería

Eliza estuvo a punto de dar un saltito sobre la acera impulsada por la emoción al llevar la mirada al escaparate descubierto y distinguir los libros dispuestos en exhibición. No podía recordar cuándo fue la última vez que tuvieron una librería en el barrio. Era posible que no hubiera habido una nunca, reconoció al considerarlo; al menos no si exceptuaba la papelería de la otra calle y en la que ella y su hermana compraban los útiles para la escuela y que ofrecía algunos ejemplares carísimos que su madre no le pudo comprar nunca.

Ese local cerró hacía unos tres años y ninguno de los que abrieron luego asomó siquiera en el rublo. Cuando quería comprar un libro tenía que ir a la otra punta de la ciudad, a una bonita librería cerca de la zona en la que ahora vivía su hermana, pero que le quedaba muy lejos.

Ahora, en cambio...

Eliza sintió su pulso acelerarse ante la posibilidad de tener un lugar como aquel al alcance de la mano. Pensó en entrar a dar una mirada, atraída por las luces y el murmullo de voces en su interior que le dijo que no sería la primera cliente, pero entonces reparó en que si no se daba prisa llegaría tarde a la tienda y que la señora Fitzwilliam podía ser una empleadora muy comprensiva pero que tampoco podía abusar de ella, por lo que se prometió pasar en cuanto terminara la jornada.

Se alejó del local tras dirigirle un último vistazo pesaroso y se caló el gorro hasta las cejas, un poco sorprendida de cómo de golpe el día le resultó algo menos frío, las perspectivas no tan deprimentes y, cosa rara, sin fruncir el ceño al toparse con el grupo de chicos que corrían de un lado a otro de la acera frente a la tienda de mascotas.

A ese paso, era posible que ni siquiera le molestara del todo el ambiente navideño, se dijo al cruzar la puerta de la tienda. La ilusión duró poco, sin embargo, porque entonces tuvo que cambiar su gorro de lana por la cinta multicolor con las astas de reno que la señora Fitzwilliam insistió en que debía usar durante la jornada y parte de su entusiasmo se disolvió como por encanto.

Ni siquiera la perspectiva de una nueva librería con atractivos descuentos por inauguración podría contra eso, refunfuñó al oír el tintineo del cascabel fijado a su cabeza.

BEN

El día había ido mucho mejor de lo esperado, calculó Ben al dar una rápida a la caja y hacer cuentas de los libros que habían vendido desde que colgaron el letrero de «Abierto» en la entrada.

Fue buena idea mantener el misterio respecto a la librería hasta el final, tuvo que reconocer. En realidad, no había sido idea suya, fue cosa de Deny, que dijo que algo como eso mantendría intrigada a la gente del barrio y que cuando al fin descubrieran el letrero y abrieran las puertas, se amontonarían para ver de qué se trataba. Y así había sido.

Su ayudante y él pasaron buena parte de la mañana y hasta las últimas horas de la tarde atendiendo a vecinos curiosos que entraron uno tras otro para enterarse de la novedad y que, una vez allí y tras descubrir de qué se trataba, terminaron comprando algún título al ver que manejaban buenos precios. La decoración fue también un buen gancho, además de que la oferta de sentarse a hojear algunos títulos pareció terminar por convencer a los más reticentes, en especial cuando Ben conectó la cafetera y empezó a hacer circular unos cuantos vasos de café humeante para celebrar la apertura.

—Alucinante ¿no? Si la cosa sigue así vas a tener que contratar un poco de ayuda.

Ben parpadeó al oír la voz de Deny tras su hombro y giró para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—Tú eres la ayuda —recordó él.

Su empleado, que era también su mejor amigo, se encogió de hombros y cruzó sus brazos delgados a la altura del pecho antes de cabecear, con lo que su abundante cabello de un rojo encendido le cayó sobre la frente como un felpudo.

—Cierto. Pero no me pagas mucho; no puedes esperar que haga de cargador, albañil y dependiente por tan poco. Pero si traes a alguien para que se ocupe de los clientes...

—Olvida lo de hacer de cargador y albañil, eso fue solo por la mudanza.

—Pero no me pagaste extra por eso.

—Deny...

Su amigo chasqueó la lengua y lo señaló con un dedo manchado por la pintura que aun no había logrado quitarse.

—¿Quieres empezar un nuevo negocio haciéndote de mal *karma* por explotador?

—Deny...

Su amigo se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo él—. Pero el *karma* te perseguirá de cualquier forma.

Ben esbozó una sonrisa confiada.

—Me las arreglaré cuando tenga que hacerlo —replicó él— ¿Vuelves a la caja?

Deny se fue refunfuñando, pero Ben no le hizo mucho caso. El día que ese hombre no se quejara por algo empezaría a llover del suelo hacia arriba, se dijo con un nuevo suspiro satisfecho al ver que entraba otro grupo de curiosos.

Trabajó una hora más, entretenido en charlar con los clientes, responder a sus preguntas, y hacer algunas recomendaciones. Se había preocupado por tener un surtido variado que le permitiera cubrir los gustos de todo tipo de lectores porque, en su experiencia, había pocas cosas más frustrantes que ir a una librería y no encontrar algo relacionado con lo que habías ido a buscar. Si alguien quería sumergirse en el último libro de Dan Brown, releer *El Quijote* o conocer la última historia de Nora Roberts, él estaba decidido a ayudar a que pudieran hacerlo.

Para cuando estaban cerca de cerrar y oyó el tintineo de la máquina registradora seguida de las despedidas de un grupo de chicas que iban cargadas con algunas de sus recomendaciones, sintió

como si apenas entonces, en ese preciso momento, acabara de llegar a casa.

ELIZA

No pudo pasar por la librería la noche en que lo había planeado. El erizo, *Buster*, empezó a portarse un poco raro y la señora Fitzwilliam no quiso cerrar hasta que hubiera llegado el veterinario para darle una mirada. La verdad era que aunque Eliza estaba cansada y nada le apetecía más que marcharse y poder entrar siquiera un rato en la nueva librería, también estaba un poco preocupada por el pequeñín, así que no dudó en quedarse aunque su jefa dijo que no hacía falta.

El veterinario llegó poco antes de las nueve y se tomó su tiempo con *Buster*. Cuando al fin terminó de examinarlo, las tranquilizó al asegurar que no era nada de cuidado. El erizo había llegado a cierta edad en que había tener más cuidado con él y permanecer atentos a cualquier cambio en su conducta. De por sí, eran animales extremadamente frágiles y algo tan sencillo como un nudo en su pelaje podría provocarles un gran problema, como había sido el caso de *Buster* en esa ocasión.

La señora Fitzwilliam se deshizo en agradecimientos y no permitió que el veterinario se fuera hasta que aceptó tomar un poco de café y las galletas que ella había llevado de casa esa mañana; de modo que cuando al fin cerraron la tienda, eran pasadas las diez y Eliza no solo encontró cerrada la librería al pasar por allí sino que tuvo que tomar un taxi porque el último autobús había pasado hacía un buen rato cuando llegó a la parada.

Llegó a casa exhausta, con los pies latiendo y la sensación de que se había perdido de algo importante. Comió las sobras de una pizza que había pedido la noche anterior y apenas alcanzó a desvestirse antes de dejarse caer sobre la cama y sumergirse en un sueño inquieto con libros, música y un erizo volador con un gorro de elfo que la increpaba por llegar siempre tarde.

BEN

No fue sencillo, pero Ben consiguió convencer a Deny de que se quedara a cargo del negocio temprano por la mañana para que él pudiera ocuparse de visitar las oficinas de un distribuidor con el que estaba interesado en trabajar. Si lograba convencerlo de darle unos precios rebajados, al menos durante el primer trimestre para mantener las ofertas en la librería y asegurarse un público fiel, entonces podría sentirse un poco más seguro respecto al futuro del negocio.

Al final, le pareció que tenía buenas posibilidades de conseguirlo; el distribuidor aseguró que le tendría una respuesta para el fin de semana y se había mostrado optimista respecto a su pedido, de modo que cuando volvió se sentía bastante animado. Incluso decidió pasar por la cafetería del barrio para comprar unos emparedados con los que premiar a Deny por lo que sin duda debía de considerar un gran sacrificio.

Había nevado un poco durante la noche y se topó con pequeños montones de nieve acuosa que sorteó con dificultad en tanto maniobraba con las bolsas que le dieron en la cafetería; pero la verdad era que, al detenerse a tomar aire y sacudir los bajos de sus pantalones que empezaban a humedecerse, sintió que no era algo acerca de lo que se sintiera tentado a quejarse.

El sol empezaba a brillar, emitiendo un calor agradable que sin duda terminaría por derretir los restos de nieve, y había una excitación casi palpable en la atmosfera propia de la temporada con los negocios relucientes, sus vidrieras decoradas al milímetro con guirnaldas y luces y tenue música surgida de algunos de ellos.

Era un buen momento para estar vivo y empezar una nueva aventura, se dijo inhalando el agradable aroma de los croissants que se colaba de las bolsas que sostenía con ademán relajado.

Acababa de ponerse nuevamente en camino para dirigirse a la librería cuando oyó un grito tras él y, antes de darse cuenta de lo que ocurría, se vio echando el cuerpo hacia atrás en un gesto reflejo para esquivar a una parvada de chicos que corría entre risas abriéndose camino a tropezones para esquivar los remanentes de nieve.

Ben los vio pasar con la sombra de una sonrisa antes de encogerse de hombros, preguntándose qué demonios habrían hecho para huir de esa forma y si no tendría suerte de haber salido de su camino antes de que pudieran arrollarlo.

Casi de inmediato se dio cuenta de que había cantado victoria demasiado pronto, sin embargo, porque entonces sintió como si acabaran de golpearlo con un bate de *beisbol* en la espalda y, al intentar sostener las bolsas, cayó de rodillas sobre un charco de nieve. Intentó levantarse en cuanto se recuperó de la sorpresa, pero entonces reparó en que lo que fuera que hubiera caído sobre él continuaba allí.

Era suave. Sorprendentemente suave, tuvo que reconocer de mala gana mientras maniobraba para dar media vuelta y librarse de esa cosa. El problema fue que la cosa no dejaba de maldecir y de clavarle algo que le pareció un codo en el estómago, así que tuvo que dejar caer sus bolsas para apartarla.

Solo entonces, al mirar hacia arriba, se topó con unos ojos café que le resultaron dolorosamente familiares y, sin ser muy consciente de lo que hacía, sostuvo unos hombros afilados entre los dedos y boqueó un par de veces antes de que una palabra surgiera en su mente. Una que pensó que no diría nunca más.

—¿Eliza?

ELIZA

Eliza sabía que si alguna vez se le ocurría llevar un diario y poner su vida en palabras, había algo que se repetiría con tanta frecuencia que, si alguien lo leía, pensaría que era una quejica insoportable.

Pero no era su culpa que su vida fuera un desastre.

Porque era eso era lo que pondría en el diario una y otra vez. Su vida era una sucesión de desastres y, cada vez que pensaba que al fin le daba un respiro, se topaba con uno nuevo que la ponía al borde de un ataque de nervios.

Como esa mañana, por ejemplo. Se había levantado de buen humor, mucho más temprano de lo que debía para poder tomar un desayuno en calma después de pasar la semana sobreviviendo de comida congelada y café aguado. Pero al conectar la cafetera empezaron a salir chispas y tuvo que desconectarla con el corazón desbocado, preguntándose si la pobre no habría decidido jubilarse al fin y si, de ser ese el caso, podría conseguir una en oferta porque su presupuesto no le permitía nada más.

Luego, tras tomar una taza de café soluble que sabía a brea, cayó en la cuenta de que se le había rasgado su bolso favorito la noche anterior, así que tuvo que meter sus cosas en una de sus viejas mochilas lo mejor que pudo. Cuando estaba de salida, comprobó que iba tan ajustada de tiempo como siempre y que, oh sorpresa, el ascensor continuaba sin funcionar.

Estaba tan fastidiada que olvidó ponerse alerta en cuanto llegó al rellano del cuarto piso, con lo que se llevó un susto de muerte cuando el perro de la señora Morris le saltó a los pies y empezó a mordisquear sus botas. Consiguió deshacerse de él con cuidado de no lastimarlo, no que el pequeño monstruo no lo mereciera, claro, y como si no fuera suficiente con eso, su dueña salió de su apartamento atraída por el ruido y le enmendó un sermón de diez minutos acerca del abuso animal y de lo que podría hacerle la policía si ella decidía denunciarla.

Para cuando estaba al fin en el autobús, Eliza se recordó que la señora Morris era una mujer mayor que vivía sola, hasta donde sabía sin familia y que sin importar lo odiosa que pudiera ser, la conocía desde que había empezado a caminar. Solo eso la contuvo en su momento de pegar de gritos frente a ella y decirle que como no empezara a controlar a su perro lo encontraría cualquier día colgado de ese espantoso árbol que alguien había tenido la brillante idea de poner en el vestíbulo sin consultar a los vecinos.

El viaje se le hizo eterno e iba apurada y distraída cuando al fin dejó la parada, andando con unos saltitos torpes para esquivar el aguanieve. Sabía que la señora Fitzwilliam no se enfadaría con ella por llegar tarde, no después de que se quedara la noche anterior acompañándola en tanto veían a *Buster*, pero eso no le ayudó a sentirse mejor.

¿Acaso era imposible que tuviera un solo día en que no le ocurriera algo malo?

Rumiaba entre dientes algo respecto a que debía de tratarse de la temporada, en la que todo parecía confabularse para hacerla sentir más desdichada de lo normal, cuando oyó un coro de risas y, al levantar la mirada, reparó en que un grupo de niños corría ante ella en tanto se arrojaban unos bolas de nieve chorreantes con muy mala puntería. Estaba a punto de abrir la boca para pedirles que tuvieran cuidado cuando se dio cuenta de que era muy tarde. Una de ellas le impactó en la barbilla y aunque solo le produjo un dolor sordo que remitió casi de inmediato, sintió que ya había tenido suficiente.

Eran apenas las nueve y ya tenía suficiente de ese día. Aun más, había tenido suficiente del mes, del año y, ya que estaban, de la Navidad y de todas esas tonterías.

Sin darse cuenta de lo que hacía, sujetó la mochila a su espalda y empezó a correr hacia los

chicos tan rápido como le dieron los pies, dando de tropezones al tiempo que dejaba salir todas las maldiciones que conocía. Los muchachos la vieron como si acabaran de abrirse las puertas del infierno y hubieran dejado escapar a un demonio de cabellos oscuros que oscilaban al viento, ojos destellantes y una boca bastante sucia, y empezaron a correr para alejarse de ella.

Eliza resbaló cuando estaba a punto de coger a uno del hombro y tuvo que asentar los pies antes de echar a correr de nuevo, pero el chico huyó como una anguila y, al intentar ir de nuevo por él, volvió a tropezar y estuvo a punto de irse de cara contra un charco de agua a todas luces asquerosa, cuando sintió el impacto de un cuerpo sólido y cálido.

No se detuvo a pensarlo. Se aferró a él como si fuera un salvavidas y no lo soltó ni siquiera cuando empezó a caer sobre él y este se revolvió bajo su peso, dando de manotazos para quitársela de encima.

Cuando al fin logró recuperar el equilibrio y reparó en lo que acababa de hacer, asaltar a un pobre hombre que no le había hecho nada y que solo tuvo la mala suerte de ponerse en su camino, avergonzada y dispuesta a disculparse, se topó con un rostro que se le antojó conocido. Mucho. Tanto que se quedó sin aire durante lo que le pareció una eternidad antes de atinar a echarse hacia atrás y empezar a reptar sobre la nieve como un cangrejo al que le hubieran dado vuelta.

No podía ser. No, no, no, se repitió una y otra vez mientras parpadeaba como un búho. Seguro que era una especie de alucinación por el golpe; pero entonces él pronunció su nombre y comprendió que no se estaba imaginando nada.

Un desastre. Su vida era un absoluto desastre.

BEN

Aunque Ben nunca se había caracterizado por tener una gran memoria, al menos no para los hechos comunes del día a día, le resultó sorprendente la facilidad con la que los recuerdos empezaron a inundar su mente en cuanto fijó la mirada en el rostro conmocionado de Eliza una vez que ella empezó a arrastrarse por la nieve para ponerse de pie. Sabía que lo más correcto de su parte habría sido que la ayudara, pero estaba demasiado ocupado intentando recomponerse también, además de recuperar sus cosas, que había dejado caer sobre la nieve y que en ese momento flotaban sobre un charco cristalino.

Para cuando logró asentar los pies sobre suelo firme, reparó en que ella había hecho otro tanto y que en ese momento intentaba sacudir los restos de nieve de su abrigo. No se atrevió a mirarla de frente, cuando mucho le dirigió una mirada de reojo tras otra, fascinado a su pesar por ese rostro que recordaba tan bien y que le había penado durante mucho tiempo antes de que consiguiera desterrarla del todo de su memoria. Lo que había sido una absoluta mentira, reconoció con un gesto de desagrado al comprobar que había aplastado los croissants al caer sobre ellos.

Un leve carraspeo atrajo su atención y no le quedó más remedio que dejar de fingir que estaba muy ocupado en secar sus manos contra las perneras del pantalón. Era un hombre adulto, se reprendió, seguro que podría con eso. Cuanto antes, mejor.

De modo que compuso su expresión más tranquila y observó a Eliza directamente a los ojos.

Mala idea, muy mala.

Ella lo veía con los ojos muy abiertos y el semblante demudado. Quizá se preguntara si era quien pensaba que era o si no se habría golpeado la cabeza al caer y se estaba imaginando cosas.

—¿Ben?

Él entornó los ojos un instante al oír la pronunciar su nombre.

—¿Estás bien? Lamento no haberte dado una mano, pero estaba...

—No, no. Si he sido yo quien...

Ben ahogó un suspiro.

—No pasa nada. Te has resbalado y yo era lo que tenías más a mano para evitar desnucarte; cualquiera habría hecho lo mismo.

—Ya.

No pareció que ella le creyera, pero a él no se le ocurrió insistir en eso, no entonces, no cuando solo podía pensar en que debía decir algo, lo que fuera que no lo hiciera parecer un idiota.

—Menudo clima ¿eh?

Perfecto. Eso no sonaba nada idiota.

—¿Cuándo volviste?

Tal vez fuera una suerte que a ella no le fueran las conversaciones vacías porque él habría podido pasar horas diciendo sinsentidos, reconoció Ben al tiempo que se encogía de hombros y procuraba dar con una respuesta.

—Algo más de un mes o algo así, aunque estuve por aquí un par de veces en el año; estudiando la zona... —indicó él.

—Y no te he visto hasta hoy.

—Sí, bueno, es una ciudad grande.

Ella cabeceó. Tal vez considerara decir que la ciudad podía ser grande pero que ese barrio era un pañuelo y que ambos lo sabían, pero debió de decidir que no tenía sentido contradecirlo porque la vio llevar las manos a las caderas y empezar a oscilar los pies en un ademán indeciso que estuvo a punto de arrancarle una sonrisa. Era algo que hacía cuando estaba nerviosa y a él

siempre le había parecido adorable porque no se condecía con ese exterior duro que se esforzaba tanto por aparentar.

—Ajá —musitó ella tan solo antes de observarlo con mayor interés—. ¿Y te estás quedando...? Me refiero a si piensas vivir por aquí.

—Sí. Al menos por un tiempo, o eso espero.

—Qué bueno.

—Es un buen lugar, ha crecido mucho en estos años.

Otro silencio incómodo se instaló entre ellos y Ben se dijo que, después de todo, sí que corrían el riesgo de caer en una conversación común y vacía. Rebuscó en su mente algo para decir que le ayudara a salir de eso, pero entonces ella lo sorprendió al emitir lo que sonó a una maldición que no estaba seguro de haber oído antes.

—Lo siento —dijo ella sin que pareciera que en verdad lo sentía mucho—. Es tardísimo. Ya iba justa de tiempo y todavía me quedo aquí, conversando...

Ben iba a señalar que apenas intercambiaron un par de frases; el resto del tiempo había estado muy ocupado intentando quitársela de encima para profundizar en ese reencuentro, pero Eliza ya no le prestaba atención. Pasó por su lado tan rápido como podía sin irse nuevamente de bruces por la acera resbalosa e hizo un gesto vago de despedida, pero cuando había andado unos pasos se detuvo de golpe y lo miró sobre su hombro con lo que a él le pareció una sonrisa un tanto temblorosa.

—Ha sido bueno verte, Ben.

Él cabeceó, sin responder, y la vio desaparecer al llegar al final de la calle y perderse entre el gentío.

—Mentirosa.

El susurro escapó de sus labios antes de que pudiera contenerse e hizo un gesto de reproche dirigido a sí mismo por haber caído en algo tan infantil. Quizá no mintiera. A lo mejor y sí que le había alegrado verlo, o cuando menos no le había molestado del todo.

La verdad era que daba igual, se recordó echando a andar de vuelta a la librería con la bolsa chorreante y el cabello despeinado cubriendo sus ojos. Acababa de pasar por ese trago amargo que sabía que en algún momento iba a tener que enfrentar. Bien. Ya estaba. Y no fue tan malo.

ELIZA

Ella tenía siete años el día que los Phillips se mudaron al apartamento del tercer piso y que había estado desocupado durante meses luego de que sus antiguos inquilinos decidieran mudarse a Chicago. La hija de éstos, Susan, había sido buena amiga suya, así que Eliza no estaba muy animada por la llegada de los nuevos vecinos.

La idea se cimentó cuando se topó con esa pareja que, aunque parecía muy cortés y atenta, apenas prestaba atención a la gente del edificio, y que según su madre los veían con un mal disimulado desdén que a ella no solo la mosqueaba sino que le parecía casi insultante.

Académicos, le había oído decir a una amiga suya cuando creyó que no las oía. Ambos eran profesores en la universidad de Boston e iban por allí como si se creyeran muy buenos para molestar en hablar con sus vecinos.

A Eliza no le parecía que fuera tanto así. Se había topado con el señor Phillips en el ascensor en una de esas raras ocasiones en las que el aparato funcionaba y él fue muy amable entonces. Le preguntó a qué piso iba, apretó el botón por ella y se despidió con una sonrisa amistosa luego de recomendarle que se abrigara bien porque por esa época ya asomaba el invierno. Tal vez solo fuera un poco distraído, igual que su esposa, supuso ella; había gente así.

Su hermana Linda había comentado que cuando llegó el camión de mudanzas descargaron cajas y cajas de libros que hicieron sudar a los hombres que los subieron al departamento. Por esa época Eliza había empezado a descubrir su amor por la lectura y aunque todavía no llegaba a ese nivel, no le extrañaba en absoluto que alguien que leyera tanto pudiera parecer que estaba un poco en las nubes. Cuando las historias revoloteaban en la cabeza de uno, era difícil mantenerse presente en el día a día.

De cualquier forma, era posible que ella nunca hubiera prestado mucha atención a los Phillips de no ser porque descubrió poco después que tenían un hijo más o menos de su misma edad.

Benjamin, como lo llamaban sus padres, cosa que él odiaba, según le confió poco después, tenía ocho años, un temperamento parecido al de su padre y un gusto por los silencios que al principio la desconcertó un poco.

Porque ¿qué había de normal en un niño que se tiraba en medio del vestíbulo con un libro más grande que su cabeza para quedarse leyendo allí por horas sin decir una palabra? Fue así como lo vio Eliza por primera vez una tarde en que llegaba de la escuela y lo descubrió sentado con las piernas cruzadas bajo el viejo reloj de péndulo con la nariz pegada a unas páginas que pasaba una tras otra a una velocidad pasmosa.

Eso le permitió observarlo bien, cosa que le gustaba hacer por aquella época para formarse una idea del carácter de las personas antes de descubrir que las apariencias engañan y que muchas veces la gente solo deja ver lo que están dispuestos a permitir. Pero entonces se creyó muy lista al estudiar a ese niño de un cabello rubio desflecado que se le antojó precioso y con unos rasgos más bien raros que le atrajeron como a un imán. Él además tenía unos ojos muy expresivos de un gris claro que fijó en ella tan pronto como reparó en su llegada, lo que ocurrió cuando ya hacía un buen rato que Eliza llevaba observándolo.

Entonces Ben no dijo una palabra, solo se le quedó mirando con el mismo vago interés que había mostrado su padre antes y, cuando ella estaba a punto de marcharse, un poco ofendida de que pareciera tan indiferente a su presencia, se sorprendió al verlo dar unos suaves golpecitos a la moqueta a su lado en una muda invitación y, antes de que supiera lo que hacía, ella se vio corriendo para dejarse caer junto a él y llevar la mirada al libro que puso bajo sus narices.

Era una recopilación de cuentos que, luego descubrió, pertenecían a un par de hermanos

alemanes que habían vivido siglos antes y que en ese momento le parecieron los mejores que había oído en su vida. Porque Ben se los leyó de cabo a rabo entonces. Uno tras otro con una voz clara y de una entonación sorprendentemente correcta para un niño de su edad. Él se detenía en los momentos precisos, y aunque jamás hacía voces, algo que ella echó en falta al comienzo, pronto se vio envuelta por la cadencia de su voz musical y la suave calidez que lograba imprimir en cada palabra.

Ese fue el primero de varios encuentros de ese tipo y, con el tiempo, Eliza descubrió que tal vez Ben apreciara mucho su soledad y no tuviera ningún problema con los silencios, pero cuando lo quería así, podía hablar como el que más.

Así, se enteró de que acababan de dejar Baltimore, la ciudad en la que se conocieron sus padres y donde él había nacido; así como que estaba un poco apenado por haber tenido que abandonar su escuela, en especial porque su madre se negaba a que retomara las clases de inmediato. Prefería que estudiara en casa durante el resto del año y que aguardara al inicio del nuevo curso antes de inscribirlo en la escuela a la que iba Eliza.

A ella eso de estudiar en casa, y en especial bajo la tutela de su madre, le pareció una locura, pero como era evidente que los conocimientos de Ben iban muy por delante de los suyos, supuso que la señora Phillips no debía hacerlo tan mal. En aquellos días era habitual que acudiera a él para hacerle algunas preguntas cuando tenía problemas con sus deberes y él le ayudaba de buena gana. Ben nunca decía que no; aun más, parecía disfrutar el reto de enseñarle al tiempo que se embebía en las clases de la escuela a la que aun no podía asistir.

Con el tiempo, se convirtieron en inseparables y era raro ver un día en que no pasaran varias horas el uno junto al otro en el vestíbulo o en el apartamento de la familia de Eliza. Su madre le tomó cariño de inmediato a ese chiquillo taciturno y de sonrisa cálida que apenas abría la boca para hacer preguntas que revelaban su mente despierta. Linda acostumbraba burlarse un poco de él con el mismo afecto que mostraba con su hermana pequeña y le aconsejaba relajarse un poco y salir a romper algunas ventanas con la pelota, como hacían otros chicos de su edad; pero no parecía que la idea sedujera mucho a Ben.

El paso del tiempo cimentó su amistad y cuando Ben empezó la escuela al año siguiente, acostumbraban ir y venir juntos en el mismo autobús. Se sentaban lado a lado y se separaban al llegar a casa, cada uno de vuelta a la rutina familiar. Eliza con su bulliciosa hermana y las idas y venidas de su madre del trabajo, y Ben con el silencio siempre omnipresente que se adueñaba de su casa en ausencia de sus padres, que llegaban muy tarde de la universidad y que apenas tenían tiempo para preguntar cómo había ido su día antes de enviarlo a dormir.

Él nunca lo dijo entonces, pero la presencia de Eliza en su vida fue un soplo de aire fresco y tanto ella como su familia se convirtieron en una compañía que apreciaba y sin la que se hubiera visto desamparado.

Los años transcurrieron, los lazos entre ambos se estrecharon según fueron creciendo y tal vez habrían continuado así por siempre de no ser precisamente porque el paso del tiempo terminó por separarlos de una forma un poco idiota y muy propia de esa adolescencia a la que ambos asomaban y que a Eliza, en particular, estuvo a punto de devorarla.

Lo realmente triste, se dijo ella al pensar en ello en un descanso de su jornada, una vez que pudo tomarse un rato para recordar su inesperado encuentro con Ben esa mañana, era que el desastre había terminado por afectarlo a él también, y eso era algo por lo que, después de todos esos años, todavía no podía perdonarse.

Y visto la forma en que Ben la había mirado, lo incómodo que pareció entonces, era evidente que a él le ocurría otro tanto.

Había cosas que una amistad no podía resistir, supuso ella con un suspiro luego de echar una mirada al muérdago que pendía sobre su cabeza en la sala de descanso en que se había recluido para mordisquear unas galletas que tendrían que bastar como almuerzo porque no estaba de humor para salir a buscar algo.

Fue allí donde la encontró la señora Fitzwilliam un rato después cuando fue en su busca.

—Eliza, cielo, no quiero interrumpir tu descanso, pero tenemos una pequeña emergencia.

Ella se puso de pie de inmediato y tiró sus galletas en el proceso.

—El hombre de nieve que subimos el otro día está a punto de caerse. ¿Crees que podrías subir al techo para sujetarlo al tejado un poco mejor? Mi marido me dejó unas cuerdas que podrían servir... —la señora se vio en verdad apenada por pedirselo—. Lo haría yo, pero no creo que pueda mantener el equilibrio.

Eliza se tragó la réplica que subió por su garganta respecto a que eso no le parecía una emergencia en absoluto y que por ella ese perturbador muñeco podía terminar con la cabeza enterrada en la nieve, le daba igual, pero su jefa no resistiría que dijera algo como eso y su amargura no había llegado tan lejos como para hierla a propósito, así que dio una cabezada de mala gana y se puso en camino para cumplir con el encargo. Tal vez tuviera suerte y fuera ella la que terminara refundida en la nieve.

BEN

—No me dijiste que este barrio fuera tan entretenido. Acabo de ver a una mujer colgando del techo de la tienda para mascotas; por un momento pareció que estaba a punto de caer, pero consiguió sostenerse del brazo de un muñeco de plexiglás horroroso.

Ben frunció el ceño y atendió a la cháchara de Deny con poco interés. Sin duda habría sido trágico que una mujer se quebrara el cuello en medio de la calle, pero ya que al parecer la cosa no había terminado en una desgracia, no tenía muchas ganas de sumergirse en una charla vacía.

—¿Y viste eso antes o después de hacer lo que te pedí?

Su ayudante torció el gesto.

—Después, claro —respondió él, tendiéndole un paquete semivacío—. Dios me libre de entretenerme antes de cumplir con tus órdenes, amo.

Ben ignoró la mala imitación de un Igor con acento inclasificable y tomó el fardo para estudiar su contenido.

—¿Seguro de que los repartiste bien? ¿No los habrás dejado caer por allí solo para librarte del encargo?

Como ambos sabían que Deny era muy capaz de algo como aquello, él tuvo la decencia de no parecer ofendido por la acusación; tan solo se encogió de hombros y cabeceó con un bostezo que hizo fruncir el ceño a una viejecita que pasó por su lado al dirigirse a la sección de misterio de la librería.

Ben se había ocupado de atender a los clientes luego de encargar a Deny que repartiera algunos volantes para dar a conocer en el barrio la apertura del negocio. No que no confiara en que la noticia no hubiera pasado de boca en boca para entonces, pero creyó que sería una buena forma de presentarse a los vecinos, además de que se esmeró en recalcar en el anuncio los grandes descuentos por inauguración y cómo siempre sus clientes encontrarían allí un lugar para leer a gusto y una taza de café de cortesía.

Aún era pronto para saber si la estrategia había resultado, pero supuso que iba a descubrirlo con el paso de los días.

—De acuerdo. Asumiré que no eres un completo perezoso.

—¡Hombre, gracias! No sabes lo que tu confianza significa para mí.

Ben sonrió y dio una mirada al lugar con expresión concentrada. Era media tarde y no había almorzado, pero no tenía apetito y no había mucha gente, así que envió a Deny a comer algo en la cafetería de la esquina y se ofreció a continuar al mando del negocio.

Esperaba que el grueso de los clientes empezara a caer en cuanto anocheciera, y en parte así fue, comprobó con agrado cuando la campanilla de la entrada empezó a repiquetear una y otra vez luego de que dieran las seis. Para entonces, Deny ya estaba de vuelta y entre ambos se ocuparon de atender a los visitantes; se formaron grupos alrededor de las estanterías y, en un visto y no visto, varios de ellos se apresuraron a ocupar los asientos del salón luego de reclamar el café que Ben ofreciera en los volantes. El aroma de la bebida inundaba el local tanto como la suave luz de las lámparas que dotaban de la iluminación precisa para leer a gusto y al mismo tiempo no sentirse agobiado, como le había ocurrido a él con frecuencia cuando visitaba esas grandes librerías que simulaban lugares asépticos con todo meticulosamente ordenado y alumbrado como si se encontrara en un quirófano.

Eliza llegó poco después de las ocho, cuando el lugar estaba a reventar y le costaba darse abasto para atender las preguntas de los clientes que se acercaban a pedirle alguna recomendación o inquirir por la existencia de un libro que no conseguían encontrar en las estanterías. Pese a ello,

a hallarse tan ajetreado, con la mitad de su atención puesta en la caja y la otra en lo que le decían, bastó con oír el sonido de la campanilla para saber que era ella.

No habría podido explicar cómo lo supo. Fue más una sensación que una certeza; como cuando te arde la garganta y sabes que estás a punto de coger un resfriado; o cuando sientes un picor en la nuca porque alguien te está observando. Era raro, pero su intuición nunca le había fallado, en especial en lo que a ella se refería. Por eso, cuando dio una rápida mirada sobre su hombro, no le extrañó en absoluto verla de pie en el vano de la puerta con los ojos muy abiertos y la expresión indecisa de quien no sabe si dar un paso más hacia adelante o salir corriendo en dirección contraria.

Verla así, tan perdida e insegura, le tocó el corazón de una forma que no creyó que fuera todavía posible. Hubo un tiempo en el que ella hubiera podido hacer con él lo que le viniera en gana; jugar con sus sentimientos como si se trataran de plastilina o hacerlos añicos bajo sus pies. Ben se lo había permitido hasta que decidió que había tenido suficiente y creyó que eso bastaría para dejar de sentir todas esas cosas por ella; pero era obvio que había estado equivocado, reconoció al exhalar un hondo suspiro y hacer un gesto a Deny para que se ocupara de la caja en tanto iba a reunirse con ella.

—Iba a preguntar cómo iba el negocio pero supongo que está de más.

A Ben no le extrañó del todo que lo recibiera con ese comentario y aun menos que lo hiciera con ese tono despreocupado que no consiguió engañarlo. La observó con una sonrisa luego de estudiar su rostro sonrojado por el frío, la bufanda gris que le rodeaba el cuello y el largo abrigo que le llegaba hasta las rodillas; reparó en que mantenía las manos aferradas al cinturón deshilachado ceñido a su cintura y que la mochila sujeta a su espalda oscilaba tras ella como una bandera.

—No parece como si te extrañara encontrarme aquí —comentó él al cabo de un momento.

—Para nada; tiene todo el sentido del mundo.

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo así?

—Cuando vi la librería no se me ocurrió relacionarla contigo, pero luego de que nos encontráramos esta mañana... sería imposible que abriera un lugar como este y que estando tú aquí no tuvieras algo que ver.

—Me tomaré eso como algo bueno.

—Lo es —replicó ella sin vacilar antes de aclararse la garganta y dirigirle una mirada un tanto indecisa—. Me refiero a que es bueno para ti, que siempre te han gustado tanto estas cosas.

—Supongo que te refieres a los libros.

Eliza hizo una mueca ante su tono levemente socarrón y Ben habría podido jurar que estaba a punto de regañarlo por burlarse de ella, pero debió de considerar que no era un buen momento para empezar una discusión porque se encogió de hombros y señaló el lugar con una cabezada.

—¿Es tuya? —Preguntó ella.

—Algo así.

—¿Qué tan algo?

—Bastante.

Eliza suspiró y alternó la mirada de las estanterías rebosantes a la gente que iba sacando algunos volúmenes y hablaba a voz en cuello; luego, a su rostro imperturbable y, algo más allá, al lugar en que Deny atendía la caja sin que eso le impidiera lanzarles unas cuantas miradas de reojo cada tanto.

—¿Por qué está haciendo ese hombre como si se quebrara el cuello?

Ben parpadeó y apartó la mirada de su rostro para posarla en su amigo, que en ese momento sostenía una soga invisible ante él y fingía caer de espaldas tras el mostrador.

—Está loco —se apresuró a decir él—. Lo he contratado porque nadie más lo quería y en el manicomio del que lo saqué me dijeron que no iban a aceptar que lo llevara de vuelta.

Vio que Eliza esbozaba una sonrisa ladeada, la misma que acostumbraba mostrar cuando algo no le convencía del todo.

—Así que lo tienes aquí llevado por tu buen corazón.

—Sí, claro. Y porque acepta que le pague una miseria.

Eliza negó suavemente antes de dirigirle una mirada desconfiada, pero no dijo una palabra al respecto. En su lugar, pasó por su lado y se dirigió a una de las pocas estanterías ante las cuales no se encontraba un corro de gente y Ben fue tras ella.

Fue cosa de sus pies, se dijo él una vez que se situó a su lado ante una hilera de libros de encuadernación de piel y lomo dorado. Eran los más valiosos de su local y el orgullo de su alma; en más de una ocasión Deny lo había acusado de hablarles mientras los sacudía y él no había tenido el coraje de negarlo.

—Muy bonitos —Eliza señaló los volúmenes con gesto concentrado—. ¿Están a la venta?

—Sí, claro. No que salgan mucho; son algo costosos, los tengo más que nada en exhibición, pero si alguien se anima...

—Alguien que acabara de robar un banco, por ejemplo.

—Bueno, no puedes culpar a un amante de los libros por recurrir a medidas extremas —comentó él en tono despreocupado.

Eliza rio, como Ben supuso que haría. No que lo hubiera buscado, por supuesto, se dijo él con el ceño fruncido una vez que reparó en lo familiar que le sonó su risa y lo poco que le gustó aquello. Por eso, su voz surgió algo brusca al dirigirse a ella nuevamente, esta vez con los brazos cruzados a la altura del pecho y la mirada lejos de su rostro.

—¿Estás buscando algo en especial?

Ella parpadeó como si le sorprendiera el cambio, pero se recompuso con rapidez e hizo un gesto vago para señalar el local antes de encogerse de hombros.

—No, solo miraba. La verdad es que he querido venir desde que abrieron, pero no pude por una cosa u otra —Eliza osciló el peso de un pie a otro y el extremo de su bufanda rozó sus manos apretadas—. Ahora me desocupé algo más temprano y...

Ella cerró la boca de golpe y frunció el ceño hasta que sus cejas estuvieron a punto de tocarse; una expresión de profundo desagrado asomó a su rostro y a Ben le pareció increíble que su aspecto pudiera mutar de uno tan calmado como el que se había esforzado por aparentar a otro en que parecía tentada a romper cosas y echarse a gritar, tan enfadada le pareció.

—¿Ocurre algo? —Preguntó él con tiento.

A su parecer, no había nada que explicara el cambio. Todo iba exactamente igual desde el momento en que puso un pie en la librería, excepto por la gente que había empezado a entrar y salir y por el sonido de...

—¿Esos son villancicos? —Inquirió ella tras arrugar la nariz y llevar la mirada de un lado a otro como un sabueso.

Ben buscó el origen del sonido y no le extrañó dar con él junto a Deny en el mostrador. A su ayudante la encantaba la Navidad y no era raro que a esa hora sacara el teléfono para conectarlo al parlante adosado a un lado de la entrada para animar un poco el ambiente, como le gustaba decir.

Ya que a Ben no le disgustaba la música y no tenía nada en contra de la temporada, jamás se le

ocurrió regañarlo por eso; además, a los clientes parecía gustarles. ¿Y qué mejor mes del año para oír una buena versión de *White Christmas*? Ahora, sin embargo, al ver el fastidio en el rostro de Eliza, se dijo que tal vez no todo el mundo compartiera su entusiasmo.

—¿Tienes algún problema...?

—No me digas que eres uno de esos.

Él arqueó una ceja para dar a entender que no tenía idea de a qué se refería y ella tuvo la gentileza de parecer un poco avergonzada. Solo lo justo, eso sí, porque también puso los ojos en blanco y torció el gesto para remarcar su desagrado.

—Me refiero a si eres una de esas personas a las que les gusta la Navidad, oyen villancicos y esas cosas.

—Supongo que sí. Como el resto de la humanidad ¿no?

Eliza acusó su respuesta con un mohín.

—No. No me metas en ese saco, por favor; yo no soy una de ustedes.

—¿Ustedes?

—No puedes pensar de verdad que a todos nos entusiasman estas tonterías.

—¿Tonterías?

Ben era consciente de que repetía todo lo que ella decía como un perico y que corría el riesgo de parecer idiota, pero no había visto venir algo como eso. ¡Qué diablos! No solo no había esperado verla de nuevo después de tanto tiempo o que se presentara en su negocio, sino que le pareció increíble que además tuviera el desparpajo de criticar sus gustos o lo mucho o poco que le gustaba la Navidad.

Y ella no tenía ningún derecho a hacer nada de eso. Si él quería correr desnudo por la cuadra con un gorro de Santa y cantando *Let It Snow* a viva voz, ella no era nadie para recriminárselo.

—Mira, ¿qué es exactamente lo que quieres? —Preguntó él una vez que reparó en que se le agotaba la paciencia y que no estaba ya de humor para mostrarse más civilizado de lo elemental—. Porque dijiste que solo querías conocer el lugar, pero no parece que te sientas muy a gusto.

—No tiene nada que ver con el local.

—¿Entonces el problema es la música? ¿O la decoración? —él señaló las luces titilantes sobre su cabeza y continuó sin darle tiempo a responder con una entonación amarga—. Tal vez el problema sea la compañía. Si mal no recuerdo, no te gustaba que te vieran conmigo.

Eliza abrió mucho los ojos al oírlo y boqueó un par de veces. Su mirada, que había permanecido encendida por el enfado, simulando una fogata de destellos rojizos, se apagó de golpe como si le hubieran volcado encima un cubo de agua.

Ben sintió lástima por ella. Mucha más de la que pensó que podría sentir de nuevo alguna vez; pero su propio enfado se impuso a cualquier sentimiento noble que hubiera podido tener y dio un paso hacia atrás para alejarse de ella.

—Tengo que atender a la gente —su voz surgió más grave de lo habitual y tuvo que aclararse la garganta al sentir un desagradable cosquilleo en el pecho cuando sus ojos se encontraron con los suyos—. Lo siento, pero no puedo hacer nada con la música; a los otros les gusta y a mí también. Si puedes tolerarla, eres bienvenida a mirar todo lo que quieras. Si quieres comprar algo, ve con el encargado del mostrador, él te ayudará en lo que necesites.

Se marchó lo más rápido que pudo en dirección al salón adjunto, donde pasó el resto de la hora hablando con la gente que hojeaba los libros que habían llevado con ellos y que al verlo aparecer empezaron a hacer todo tipo de preguntas. Ben los oyó fingiendo un interés que estaba lejos de sentir; su entusiasmo se había enfriado como por encanto y buena parte de su atención estaba puesta en el otro lado de la tienda.

Sabía que se había comportado como un idiota. Uno muy cobarde, además, pero su boca le traicionó y no se sintió lo bastante valiente para regresar y disculparse. Él y Eliza ya no eran unos niños; no podía explotar de esa forma llevado por un rencor infantil que ella con seguridad no podría entender porque nunca le importó lo suficiente y porque había logrado olvidar todo aquello mucho mejor que él.

La conciencia no dejó de remorderle hasta que decidió que no podía continuar así, ocultándose en su propio negocio, y decidió que, aun cuando no podía ser del todo sincero, cuando menos sí que estaba en la obligación de ofrecerle disculpas por haber sido un imbécil. Cuando volvió a buscarla, sin embargo, ella ya no se encontraba allí y aunque parte de él se sintió aliviada de librarse de esa situación, no pudo evitar sentir un resquemor desagradable que no lo abandonó ni siquiera cuando cerró la librería y subió a su apartamento a dormir varias horas después.

ELIZA

Nadie diría que no tenía merecido, se dijo Eliza al día siguiente cuando pasó por la librería y recordó el intercambio de palabras con Ben antes de correr para alejarse de allí y meterse en la tienda para mascotas como si huyera de algo.

Pasó buena parte del día dando vueltas a lo mal que habían ido las cosas la noche anterior. Por un momento, tan solo por unos cuantos minutos, las cosas parecieron ir como siempre. Él hizo esas bromas un poco tontas, con esa ironía tan suya que siempre conseguía hacerla reír, y Eliza creyó que tal vez había una pequeñísima posibilidad de que la hubiera perdonado. Pero entonces tuvo que empezar a sonar esa horrorosa canción y su temperamento le ganó la partida.

Eso y la amargura que llevaba todo el año haciendo presa de ella, envolviéndola hasta convertirla en una sombra gruñona que no sabía cuándo cerrar la boca para no ofender a los demás. Ben tenía razón en ser desconfiado con ella y, pese a eso, se había permitido mostrarse casi normal por un momento, pero Eliza tenía que arruinarlo, claro; como parecía arruinarlo todo últimamente.

Cargó el saco de pienso para aves que debía colocar en el escaparate que daba a la calle y se quedó un momento con la frente apoyada contra el ventanal.

En algún momento de su vida, cuando era más joven y despreocupada y no creía que todo el mundo estaba confabulado para enrostrarle en la cara sus maravillosas vidas en tanto la suya no parecía más que hundirla en la miseria, habría encontrado encantadora la forma en que los restos de nieve recién caídos parecían brillar bajo la luz tenue del sol en lo alto. Un grupo de niñas iban por la calle, todas de la mano y con largos abrigos que las cubrían de pies a cabeza, dejando a la vista solo sus rostros sonrosados; el eco de sus risas resonaba en la calle y había algo en el aire, un aroma a canela y masa recién horneada proveniente de la cafetería de la otra calle, que le recordó esas raras ocasiones en que su madre se afanaba en preparar galletas para esas fechas.

Suspiró y cerró los ojos un segundo, dejándose arrastrar por los recuerdos y todo aquello que echaba en falta hasta que reparó en el sonido de unos pasos arrastrándose ante la entrada y al abrir los ojos de golpe se topó con un rostro familiar al otro lado del ventanal.

Ben la veía con las manos enterradas en los bolsillos de sus pantalones oscuros; llevaba una camisa azul a cuadros bajo una cazadora desteñida que mantenía abierta y una gruesa bufanda le rodeaba el cuello como al descuido. Por un momento se quedó mirándolo con la boca entreabierta, un poco sorprendida tanto por su presencia como por comprobar que se había convertido en un hombre tan atractivo y dotado de un encanto cuando menos particular. Parecía de esa clase de persona que no era en absoluto consciente de las miradas que atraía, lo que a su parecer lo hacía aun más interesante.

Consciente de que él parecía indeciso acerca de si entrar o no y que no podía quedarse contemplándolo toda la vida como una tonta, se apresuró a dejar el saco a sus pies y le hizo un gesto para señalar la entrada. Lo vio vacilar antes de asentir con brusquedad y, solo entonces, mientras ella se apuraba para reunirse con él, preguntándose si al final no cambiaría de opinión, oyó el tintineo de la campanilla que indicaba que había decidido entrar.

De alguna forma, el lugar pareció hacerse un poco más pequeño con él dentro. Se oía la voz de la señora Fitzwilliam en la trastienda mientras atendía algunas consultas al teléfono y la calefacción mantenía el ambiente caldeado.

Quizá demasiado para su gusto, se dijo ella al sentir una minúscula gota de sudor corriendo por su sien luego del trajín con las bolsas; pero su jefa había insistido en que debían mantener a los animales a gusto. Con el paso de las horas, había terminado por acostumbrarse, aunque llevaba su

suéter más ligero debajo del enorme mandil que acostumbraba usar mientras se encontraba en la tienda. En un arranque de rebeldía, había decidido prescindir del gorro de reno esa mañana y no pudo estar más agradecida por eso; no habría podido soportar que Ben la viera hacer el ridículo de esa forma.

—Así que... mascotas.

Él mantenía las manos en los bolsillos y alternaba la mirada de un rincón a otro, pareciendo muy interesado en las pequeñas jaulas en las que los animales hacían todo tipo de cosas, como corretear, comer o quedarse mirándolo con la misma curiosidad con la que lo hacía él.

Eliza se encogió de hombros, sin tener muy claro qué responder, pero consciente de que él debía esperar que dijera algo.

—Sí, bueno, no están mal.

—No, claro que no. ¿Ese es un hurón?

Eliza fue tras Ben al verlo dirigirse a la jaula de *Cosmo*, que por algún misterio indescifrable, se veía sorprendentemente tranquilo en ese momento. A lo sumo los vio con mal disimulado interés por sus ojillos brillantes y despiertos.

—Siempre quise tener uno —la voz de Ben surgió con un entusiasmo que le arrancó una sonrisa—. A mis padres nunca les gustaron; en realidad, creo que nunca les gustó ningún animal, decían que eran demasiada responsabilidad.

—Bueno, en cierta forma es cierto, pero tampoco es tan difícil. Un hurón, por ejemplo, no requiere muchos cuidados, o espacio... —Eliza se mordió el labio inferior y le dirigió una mirada de reojo en tanto él parecía del todo concentrado en *Cosmo*, que había empezado a desperezarse con lentitud— ¿Cómo están ellos, por cierto? Tus padres.

Sabía que tal vez se arriesgaba al preguntar. Era un tema demasiado familiar, algo acerca de lo que hablarían dos amigos que procuraran ponerse al día después de verse tras una larga separación, y aun cuando en cierta medida era eso lo que ocurría entre ambos, también era cierto que habían dejado de considerarse amigos hacía mucho tiempo aun cuando ninguno lo pusiera en palabras en su momento.

Y sin embargo, quería saber. Algo en su interior pedía a gritos cualquier tipo de información que le permitiera conocer cómo había sido la vida del hombre de pie a su lado cuando sus caminos se separaron por completo.

Ben le dirigió una rápida mirada de reojo y sus ojos destellaron. Pareció que no pensaba responder hasta que dio una cabezada y un casi imperceptible suspiro escapó de entre sus labios.

—Están bien. Él se retiró el año pasado; mamá dice que la sacarán del salón de clases con los pies por delante. Seguro que recuerdas lo dramática que se ponía con su trabajo.

Eliza sonrió.

—Sí, claro. No he visto a mucha gente que parezca disfrutar tanto de lo que hace como tu madre —dijo ella— ¿Y están viviendo en...?

—Baltimore. Regresamos luego de...

—Claro —Eliza se apresuró a completar la frase al verlo dudar—. Debió de ser bueno para ellos volver al lugar en que se conocieron.

Para su sorpresa, Ben hizo un gesto indeciso con las manos y se encogió de hombros tras esbozar una sonrisa ladeada.

—Y tanto. Se divorciaron poco después.

Eliza abrió mucho los ojos.

—¡Vaya! Lo siento.

—Descuida. Fue lo mejor. Creo que habían dejado de sentirse cómodos el uno con el otro

hacía mucho tiempo —dijo él en un tono práctico que, por alguna razón, le produjo a ella un retortijón en el estómago—. Papá conoció a alguien más hace años. Se casaron y parece irles bastante bien.

—¿Y tu madre?

—Creo que a ella no le interesa encontrar algo tan permanente; siempre se le ha dado mejor la soledad.

Como a ti, estuvo tentada a decir Eliza, pero logró contener su lengua a tiempo. No quería que sonara a una acusación, en especial porque jamás había considerado que fuera algo que criticar sino todo lo contrario; siempre había admirado la capacidad de Ben para sentirse a gusto consigo mismo.

—Seguro que no fue sencillo, pero es bueno saber cuándo hay que dar las cosas por terminadas —dijo ella tras aclararse la garganta con suavidad.

Ben asintió y, tras entrecerrar un poco los ojos para leer el cartelito adherido a la jaula de *Cosmo*, se puso de lado para mirarla a los ojos.

—Oye, la verdad es que no vine para admirar los animales —empezó él un poco titubeante.

—¿No? Porque parecía que tú y *Cosmo* lo estaban pasando bastante bien.

Ben sonrió.

—Sí, bueno, no esperaba encontrarme a este chico aquí —reconoció él algo burlón, pero se puso serio al continuar—. Ya en serio; solo quería disculparme. He querido hacerlo desde anoche, pero me costó un poco dar contigo. No sabía si aún vives en el edificio...

—Sigo allí. En el mismo apartamento.

Él cabeceó como si su respuesta no le sorprendiera del todo.

—Bueno, pero no tenía cómo estar seguro, así que estuve preguntando por allí y me dijeron que trabajabas en este lugar —Ben frunció un poco el ceño—. Se me hizo un poco raro, si te soy sincero, porque nunca te imaginé en un empleo como este.

—¿Ah no? ¿Y cómo me imaginabas, si se puede saber?

—No lo sé. En cualquier cosa relacionada con dibujar, supongo, pero qué sé yo; los intereses cambian y ha pasado mucho... —él se encogió de hombros y continuó antes de que Eliza pudiera interrumpirlo—. De cualquier forma, eso no importa. Solo quería ofrecerte disculpas por haber sido tan idiota contigo anoche; no tenía por qué hablarte de la forma en que lo hice.

Eliza exhaló un hondo suspiro.

—Está bien, no hace falta.

—Claro que hace falta. No he podido dejar de pensar en eso; fui muy injusto.

—Ya, puede que tengas razón; pero yo no fui precisamente un encanto, así que supongo que, si me disculpas también, podemos decir que estamos a mano.

Ben la observó con el rostro ladeado y los labios levemente entreabiertos. Su mirada se vio atraída a la forma en que las comisuras de éstos se elevaron de forma casi imperceptible al tiempo que le dirigía una de sus profundas miradas que parecían rebuscar muy hondo en su interior hasta hacerla sentir incómoda porque se sentía expuesta de una forma que no habría sabido nombrar.

Cuando creyó que él no diría nada, la sorprendió al encogerse de hombros antes de volver su atención a la jaula de *Cosmo*, que había empezado a dar vueltas alrededor de su rueda como si pretendiera pavonearse de su agilidad.

—Supongo que es lo más justo —dijo él finalmente.

—Claro que es lo más justo —asintió ella—. Equitativo.

—Salomónico.

—Equilibrado.

Una risa escapó de labios de Eliza sin que pudiera contenerla. Le recordó a esos juegos de palabras con los que ellos acostumbraban entretenerse en los días fríos en que sus padres no les permitían salir cuando eran niños. Entonces pasaban horas en el vestíbulo mirando la calle con nostalgia, y cuando ella se aburría de los cuentos que Ben leía en voz alta, él inventaba batallas de sinónimos y cualquier cosa que le ayudara a mantenerse entretenida.

Al mirarlo con atención en ese momento, distinguió una calidez en su mirada que pareció disolverse casi de inmediato al reparar él en sus ojos puestos en su rostro.

—En fin, eso era todo —Ben se apartó de la jaula del hurón y vaciló un instante antes de mirarla nuevamente—. Quería disculparme y, antes de que lo olvide, también decirte que eres bienvenida en la librería cuando quieras. Dijiste que tenías muchas ganas de conocerla y ayer no fue posible, así que... puedes ir si eso es lo que quieres. En cualquier momento.

—¿Me harás un descuento especial por las molestias?

Ben esbozó una sonrisa torcida.

—Veremos qué se puede hacer —respondió él—. Pero es importante que dejemos algo en claro.

—¿Qué?

Ella se sintió intrigada por su tono serio y la forma en que la miró antes de responder.

—No dejaré de poner villancicos —advirtió él—. Entiendo que tienes algún tipo de problema con la Navidad...

—No tengo ningún problema con eso.

Él emitió un bufido de incredulidad y a ella no le quedó otra alternativa que asentir de mala gana para reconocer que tal vez no estuviera tan desencaminado.

—Está bien. Es posible que piense que tanto entusiasmo por una fecha impuesta por motivos meramente comerciales es ridículo...

—Menos mal que no tenías ningún problema.

Eliza hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Pero eso jamás me impediría hacer algo que quiera. Y de verdad quiero visitar tu librería —aseguró ella con seriedad—. Podré con los villancicos.

—¿Y la decoración? ¿Y el árbol? ¿El muérdago sobre las estanterías?

—¿Has puesto muérdago sobre las estanterías? ¿En serio? Pero si es el cliché más... —Eliza varió el tono quejica al darse cuenta de que Ben estaba a punto de interrumpirla—. Está bien. Es tu negocio; puedes hacer en él lo que quieras, incluso alentar a desconocidos a darse el lote con una mala excusa.

—Yo no...

—¿A qué hora abren los sábados?

Vio a Ben extender ambas manos ante él como si se hubiera dado por vencido y decidió que bien podía tomar aquello como una pequeña victoria. No que pretendiera ganarle de ninguna forma, pero era agradable saber que podían bromear y anotarse tantos como lo hacían antes sin verse inmersos en algún tipo de discusión seria.

—A las diez, porque mi ayudante se niega a trabajar los fines de semana y tengo que ocuparme solo.

—¿El del manicomio?

—Ese mismo —él sonrió—. Pero nos quedamos hasta las nueve y solo cierro un rato a medio día para comer algo, así que...

—Estaré allí —prometió ella—. Llegaré tan pronto como abras y tendrás que echarme a empujones para librarte de mí.

—Ojalá todos mis clientes fueran así de comprometidos —comentó él antes de llevar las manos nuevamente a sus bolsillos—. Bueno, ahora tengo que volver; pero te veré el sábado. Por cierto, tenemos café gratis.

—Una librería y café gratis —susurró ella—. Tal vez deba llevar una manta para hacer la siesta.

Él no dijo nada, tan solo sonrió e hizo un gesto de despedida luego de dirigir una mirada a la jaula en la que *Cosmo* continuaba dando vueltas a toda velocidad.

BEN

Ben se levantó muy temprano el sábado. Bastante más de lo habitual, en realidad; tanto que apenas había empezado a clarear cuando abrió los ojos y el aire gélido del sereno se colaba por las ventanas entreabiertas, pero a él le agradó sentir el sacudón porque terminó de despertarlo del todo y, luego de tomar una rápida ducha y beber un café humeante, bajó a la librería.

Puso un poco de orden aunque la noche anterior se había quedado hasta las tantas reacomodando los títulos que algunos clientes dejaron regados en las estanterías. Conectó la cafetera y abrió las ventanas de par en par tan pronto como sintió que la temperatura empezaba a subir. Estaba a punto de encender el reproductor para dejar sonar una andanada de villancicos, convencido de que cualquier labor de limpieza se llevaba mejor con la voz de Dean Martin como música de fondo, pero entonces recordó que era sábado y que Eliza había dicho que pasaría por allí temprano y le pareció que bien podía prescindir de ellos por un rato.

Aunque se había burlado de su aversión a la Navidad y había sido sincero al decir que no pensaba hacer grandes concesiones al respecto en su favor, la verdad era que deseaba que se sintiera a gusto. Tan solo para compensar lo grosero que fue con ella durante su primera visita, procuró convencerse al pensar en ello.

Para cuando había abierto las puertas y empezaron a llegar los primeros clientes, se dijo que a lo mejor y ese arranque de consideración estuviera de más, porque no vio ni rastros de ella. Poco antes de las doce, tuvo que reconocer que tal vez no estuviera en verdad tan interesada por conocer el lugar como había asegurado y que no pensaba ir.

Quizá fuera lo mejor, supuso él luego de envolver un pesado de ejemplar de *Guerra y paz* en el papel de estraza con el logo de la librería y entregarlo a la mujer enfundada en un sobretodo que parecía encantada con la decoración del lugar y que no dejaba de asentir cada tanto tras la bufanda que le cubría hasta la nariz. Sin embargo, justo cuando pensaba cerrar un momento para comer algo, distinguió una figura al otro lado del ventanal que se acercaba corriendo a toda velocidad y a quien vio tropezar contra el árbol que habían puesto en la entrada.

Habría jurado que ella le daba una patada al abeto antes de llevarse las manos a la cabeza y empezar a sacudir unas ramitas del gorro de lana que llevaba encasquetado hasta las cejas. Luego, se dirigió a la puerta, abrió de un tirón un tanto brusco y las campanillas titilaron sobre ella en tanto golpeaba sus pies contra el felpudo para secar la humedad de sus botas con tanto ímpetu que la señora junto a Ben arqueó las cejas no sin antes dirigirle una mirada de reprobación.

Eliza siempre había sabido cómo hacer una entrada, recordó él ocultando una sonrisa luego de tender a la señora unos separadores y agradecer su visita.

La nueva visitante se hizo a un lado para ceder el paso a la clienta y, sin prestarle demasiada atención, se dirigió al mostrador con las manos extendidas y una inconfundible expresión de sufrimiento.

—¿Era cierto? —Inquirió ella antes de que Ben atinara a decir nada— ¿Hay café gratis?

Él cabeceó y se dirigió a la cafetera que permanecía encendida para servir un poco de la bebida en una taza que le tendió sin decir una palabra. Pareció que Eliza agradecía que no hiciera preguntas de inmediato porque la recibió con una mirada luminosa que estuvo a punto de arrancarle una carcajada.

La vio beber al tiempo que apoyaba los codos sobre el mostrador; se había deshecho del gorro y los largos mechones de cabello castaño caían a ambos lados de un rostro que creía haber olvidado pero que en verdad había permanecido durante todo ese tiempo grabado en su memoria. Las mejillas redondeadas, la nariz perfilada y esas cejas pobladas que conferían a su mirada de

cierta dureza que, él sabía bien, no era tan así porque había sido testigo de la forma en que sus ojos color miel parecían irradiar una dulzura que en otro tiempo había conseguido derretirlo.

Pero de eso había pasado mucho, se recordó sacudiendo un poco la cabeza para apartar los recuerdos.

—¿Mejor? —Preguntó él.

Eliza asintió e hizo un gesto de agrado cuando Ben rellenó su taza; pero no habló hasta que hubo dado un nuevo sorbo.

—Mucho mejor. Gracias —ella suspiró y señaló el espacio con una cabezada— ¿Cómo va tu día?

—Mejor que el tuyo, al parecer.

Eliza resopló.

—¿Se nota tanto? —Esperó a verlo asentir antes de continuar—. Bueno, supongo que no es para menos.

—¿Qué ocurrió?

—Lo de siempre —indicó ella—. Mi vida.

—Vas a tener que ser un poco más específica.

Ben la vio vacilar y dejar la taza semivacia sobre el mostrador antes de darle la espalda para dirigirse a la estantería en que se encontraban los clásicos en exhibición. Él fue tras ella luego de asegurarse de desconectar la cafetera y de que no hubiera ningún cliente en la puerta.

—Tuve una horrible discusión con la señora Morris —Eliza lo miró sobre su hombro al sentirlo a su lado—. Fue una tontería, discutimos al menos tres veces por semana, pero...

Él parpadeó y el recuerdo de un rostro adusto fue abriéndose paso en su mente.

—¿La señora Morris? —Repitió, un poco sorprendido— ¿Todavía...? ¿Sigue viviendo en el edificio?

Eliza cabeceó con gesto lúgubre.

—¡Vaya! —Ben arqueó las cejas y le dirigió una mirada intrigada— ¿Pero qué edad tiene?

—Qué más da; seguro es inmortal —replicó ella sin vacilar.

Ben ahogó una risa.

—Lo discutiría, pero visto que parece que tienes razón, mejor dime qué fue lo que te hizo esta vez —pidió él—. ¿Tuvo algo que ver con sus perros? Porque recuerdo que era muy sensible con ellos cuando éramos niños. En una ocasión me gritó por horas porque estuve a punto de pisar la cola del caniche al que vestía con esas camisas ridículas.

Pese a que los recuerdos no eran los mejores, el afecto era casi palpable en su voz y Eliza pareció tomar eso como un agravio personal.

—No sé cómo puedes decirlo así —espetó ella—. No importa la edad que tenga, eso no le da derecho a ser tan desagradable. Esta mañana salí muy temprano para venir aquí, pero me tropecé con uno de los juguetes de su perro y volqué una de las macetas que tiene en la entrada a su apartamento y no me dejó en paz hasta que limpié todo y aun así tuvo el descaro de regañarme a cada minuto. Ni siquiera sé por qué le hice caso; no fue del todo mi culpa, se merecía que la ignorara.

Ben cabeceó.

—Sí, bueno, pero es una mujer mayor, y está sola... lo está todavía ¿no? —Aguardó a verla asentir de mala gana antes de continuar—. Sé que tiene un carácter difícil, pero eso no la convierte en una mala persona.

Eliza emitió un resoplido ruidoso y le dirigió una mirada incrédula.

—¿Qué? ¿Piensas que es una mala persona? —Preguntó él.

Ella no respondió. Mantuvo la mirada puesta con terquedad en los volúmenes que Ben acababa de sacudir, pero a él le pareció distinguir cierta tristeza en sus ojos que, habría jurado, brillaban por la humedad contenida. ¿Qué diablos podría haberle dicho esa mujer como para hacerla llorar? Eliza nunca fue de lágrima fácil, pero era evidente que, lo que fuera, le había afectado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Pero como no parecía que ella tuviera muchas ganas de compartirlo, él supuso que no tenía sentido insistir; de modo que prefirió llevar la conversación a un tema algo menos espinoso y que, en ese momento no supo por qué se le hizo tan importante, la hiciera sentir un poco mejor.

—Está bien; vamos a olvidar por un rato a la señora Morris —dijo él—. ¿Qué te parece si te doy un *tour*? Podemos aprovechar que hay pocos clientes a esta hora para que veas bien la librería.

Ella solo dudó un par de segundos antes de asentir, lo que confirmó a Ben lo desesperada que estaba por olvidar lo que acababa de ocurrir. Pero tal y como se había prometido, no hizo más preguntas y se volcó a animarla con anécdotas acerca de cómo había encontrado el lugar cuando decidió rentarlo al tiempo que le mostraba las mejoras que había hecho, le hablaba acerca de los libros que se hallaban en las estanterías y los planes que tenía para el futuro del negocio.

Por primera vez en mucho tiempo, Ben se sintió lo bastante a gusto para hablar hasta por los codos, una sensación que, aunque poco habitual, no le fue del todo extraña. La había sentido antes con frecuencia cuando se encontraba al lado de Eliza; ella tenía la particularidad de incitarlo a hablar tan solo con una mirada interesada o una sonrisa de aliento.

En cierta medida, fue su presencia lo que le ayudó en su niñez a entender que no tenía que encerrarse del todo en sí mismo para sentirse a gusto. Que no era un crimen poner en palabras sus pensamientos y compartirlos con alguien a quien pareciera importarles. Durante mucho tiempo, creyó que era eso lo que tenía con ella; al menos hasta que comprendió que tal vez había confundido amabilidad y una buena cuota de lástima con afecto. Lo que fue deprimente entonces, pero en ese momento se dijo que ya era lo bastante grande para enredar las cosas y que ese no era, al fin y al cabo, más que el reencuentro con una figura importante de su pasado. Nada más que eso.

ELIZA

Ella había dicho que era una chiquilla odiosa y que por eso todo el mundo la había dejado. No solo eso: también la advirtió de que se quedaría sola por siempre y que, lo mismo que ella, llegaría a un punto en que se diera cuenta de que nadie la querría nunca.

Las palabras de la señora Morris martillaron en la mente de Eliza hasta convertirse en un eco lejano una vez que se dejó envolver por la cálida voz de Ben, lo que supuso para ella un alivio enorme. No había dejado de dar vueltas a lo que dijera esa mujer desde que dejó el edificio de apartamentos con los oídos pitando por la rabia y un reguero de lágrimas traicioneras bajando por sus mejillas.

Estaba acostumbrada a las salidas un poco bruscas de la vecina; incluso, era capaz de burlarse un poco de ella aun cuando nunca se hubiese atrevido a hacerlo en su cara. Pero todo eso... ¿decirle que la aguardaba una vida de soledad y miseria solo porque había cometido el gran crimen de romper una estúpida maceta? Ciertamente, antes de que la señora pareciera explotar y empezara a vomitar todas esas cosas, le había parecido que no se encontraba del todo bien. Tenía los ojos enrojecidos y no dejó de sostenerse del umbral de la puerta con el semblante fatigado en ningún momento.

Pero eso no le daba permiso para ser tan desagradable, se dijo ella al considerarlo una vez más mientras seguía a Ben por la librería. Nada, absolutamente nada en el mundo le daba derecho para hacerla sentir de esa forma.

—La idea es traer un par de butacas más y, quizá, ofrecer también algo para comer. Nada complicado, pastelillos y esas cosas.

Eliza parpadeó para volver al presente y sumergió el recuerdo de la señora Morris y las cosas que había dicho en lo más hondo de su mente. Había ido hasta allí ilusionada con la idea de pasar un buen rato conociendo la librería de Ben y no pensaba permitir que nada lo arruinara. Ni siquiera esa sensación siempre latente de que ella y él se sostenían sobre una red muy fina que parecía siempre encontrarse a punto de ceder.

—Me gusta la idea. Libros, café, pastelillos; es el cielo de un lector —comentó ella al advertir que él permanecía en silencio, aguardando que dijera algo.

Ben cabeceó y le dirigió una mirada con los párpados entornados, como si se hiciera una idea de lo que estaba pensando. Había olvidado lo bien que él parecía conocerla.

—Sí, bueno, no recuerdo cuántas veces he olvidado comer por estar metido hasta el cuello en alguna lectura —señaló él, al parecer complacido de que ella lo viera así—. He pensado en hablarlo con el encargado de la cafetería que está en la otra calle. Me gusta su comida y podría convenirnos a ambos.

—Es buena idea. Y tienen unos pasteles excelentes.

—Lo he notado —rió él, su rostro más sereno de lo que le había visto desde que se habían vuelto a encontrar—. Por otra parte, tampoco quiero que esto se convierta en una sucursal del café; lo importante aquí son los libros.

—Claro.

—Pareces muy dispuesta a darme la razón en todo hoy.

—Es posible que eso se deba a que he pasado tanto tiempo discutiendo con la señora Morris que mis reservas de hostilidad se han agostado. Pero dame un rato.

Ben se encogió de hombros y señaló el otro lado de la tienda, donde había dispuesto un semicírculo de estanterías de no más de medio metro de altura; junto a ellas, un enorme tapete bordado con motivos infantiles invitaba a dejarse caer sobre él. Cosa que Eliza hizo de inmediato

sin prestar atención a la expresión sorprendida en el rostro de Ben.

—Qué cómodo se está aquí —comentó ella extendiendo una mano para empezar a retirar algunos títulos de la estantería más cercana—. Supongo que no soy el público objetivo de esta sección, pero creo que podrías poner algunas otras alfombras de estas en el resto de la librería.

—No estoy seguro de que me tiente la idea de tener adultos regados por el suelo de mi negocio.

Tras vacilar un par de segundos, Ben se sentó a su lado con las piernas extendidas y las manos asentadas sobre sus rodillas.

—Lo haces sonar como si fuera una fraternidad —comentó ella empezando a hojear un libro de cubierta multicolor—. Los lectores voraces son inofensivos.

—Si piensas eso es porque no has tratado a muchos.

—Te he tratado a ti.

—Cierto, pero eso fue cuando era niño —apuntó él—. Hace mucho que dejé de ser inofensivo.

A Eliza le pareció que había una casi imperceptible nota de advertencia en su voz que, por algún extraño motivo, le resultó inesperadamente incitante. No creía que esa fuera la intención de Ben al decirlo, pero hubo algo en ese timbre grave y en la forma en que la miró cuando sus ojos se encontraron durante un segundo antes de que ambos apartaran la mirada con brusquedad, que le provocó un vuelco en el corazón y un calor bastante agradable en el estómago.

Incómoda de una forma que no habría sabido explicar, Eliza se aclaró la garganta e hizo como si no fuera capaz de advertir que habían empezado a arderle las mejillas.

—Sí, bueno, al fin y al cabo es tu negocio y eres libre de tomar la decisión que mejor te parezca; pero yo no lo descartaría del todo.

Ben sonrió como si le causara gracia su tono apurado y se encogió de hombros antes de elevar la mirada de golpe cuando se oyó la campanilla que anunciaba la llegada de un cliente.

—Vuelvo en un minuto —indicó él, incorporándose para dirigirse a la entrada—. Mira lo que gustes.

Eliza cabeceó y lo siguió con la mirada por unos segundos antes de volver su atención al libro que tenía entre las manos. Era bonito. Algo acerca de una tortuga marina y la cría de una ballena que hacían buenas migas y que decidían explorar la inmensidad del océano. Lo que más le gustó, sin embargo, no fue la historia narrada con sencillez o la moraleja que encontró al llegar al final del breve cuento. Fueron las ilustraciones lo que la fascinó; tanto que cuando Ben regresó la encontró observando las páginas con cara de boba en tanto sus dedos recorrían los dibujos y con toda la apariencia de encontrarse muy lejos de allí.

—Son fantásticos ¿no? —indicó él volviendo a dejarse caer a su lado, esta vez algo más cerca; tanto que ella percibió el vaho de su aliento cerca de su cuello cuando se inclinó para señalar uno de los dibujos—. El ilustrador es un artista francés que tiene también algunos trabajos en libros para adultos. Tenemos un par de ejemplares por allí; te los mostraré antes de que te vayas.

Eliza cabeceó antes de cerrar el libro y asentar una de sus manos sobre la cubierta.

—Me gustaría mucho, gracias —respondió ella tras parpadear un par de veces para descifrar sus palabras—. Es muy talentoso.

—Sí, eso creo también —Ben hizo una larga pausa antes de continuar—. Me recuerda un poco a ti. Me refiero a los dibujos que hacías. Antes.

Antes.

Eliza dio vueltas a la palabra en su mente. ¿Cuándo era *antes*? A veces le parecía que había un antes y un después en varios momentos de su vida. Un antes y un después de que ella y Ben se conocieran y él desapareciera de su vida; otro luego de la partida de su madre y de que se viera obligada a apartar sus sueños para ceder a las necesidades que le agobiaban un día sí y otro

también. Pero el más penoso debía de ser sin duda ese antes y después desde el momento en que decidió que tal vez no era lo bastante buena y que sus esfuerzos no valían la pena.

—Estás loco —ella habló al fin, consciente de que el silencio entre ambos empezaba a hacerse un poco raro—. Jamás he hecho algo como esto. Está muy lejos de...

—¿De qué?

—Bueno, de mi nivel —reconoció ella de mala gana—. Este hombre, quien sea, es un artista de verdad.

—También tú lo eres.

—No digas tonterías.

Ben resopló y el movimiento hizo volar el flequillo que le cubría la frente. A Eliza le pareció que no importaba cuánto tiempo transcurriera o la edad que tuviera, era posible que él se pasara la vida con ese aspecto desaliñado que, por alguna razón sin duda injusta porque a ella le ocurría exactamente lo contrario, lo hacía verse arrebatadoramente atractivo.

—No son tonterías, ni tampoco pretendo hacerte la pelota; ya sabes que eso no se me da bien —él hizo una mueca—. Solo digo que el estilo de este hombre me recordó mucho al tuyo. Al menos al que recuerdo.

—Ha pasado mucho tiempo de eso.

—Lo que sin duda implica que debes ser aun mejor de lo que eras entonces.

Eliza no dijo nada; no porque no quisiera hacerlo, sino porque no se le ocurrió nada que decir. No podía recordar la última vez que alguien se mostró tan seguro de su talento al grado de defenderlo incluso de sí misma y sus propias inseguridades. Ciertamente su madre y su hermana lo mencionaban cuando el tema salía a colación, pero ella siempre lo había asumido como la clase de cosas que dirían las personas que más la querían en el mundo para animarla. Ben, en cambio...

Él no era de los que repartían elogios porque sí, eso era verdad. Podía ser incluso un poco duro con sus críticas y nunca se había medido al señalar algo que no le gustaba aunque para hacerlo siempre echó mano de una sutileza que ella, más brusca para expresar sus ideas, siempre había admirado.

Por eso su opinión significaba tanto para ella. Aunque no estuviera del todo de acuerdo y vistas sus circunstancias no le encontrara sentido a profundizar en ello, no pudo menos que apreciar una defensa tan leal de su talento, en especial porque era la última persona de quien lo hubiera esperado. Ella no merecía su lealtad.

—¿Qué pasó, Eliza? ¿Cómo fue que terminaste en ese empleo? Sé que dije que no tiene nada de malo y en verdad lo creo, pero es lo último en lo que te hubiera imaginado. ¿Qué fue de todo eso que querías hacer?

Ella parpadeó al oír sus preguntas, sucedidas una tras otra casi sin pausa y, al levantar la mirada del libro y buscar sus ojos que le parecieron en ese momento tan familiares que sintió como si acabaran de pegarle un golpe en el estómago, exhaló un hondo suspiro.

Por la expresión en el rostro de Ben, le pareció que él se sentía un poco arrepentido del arrebató; tal vez habría preferido mantener su charla en un plano algo más impersonal, hacer como si no fuera capaz de percibir la inconformidad en ella; pero, lo mismo que le sucedía a Eliza, supuso que era simplemente imposible. No puedes pasar buena parte de tu vida compartiendo el día a día con una persona a la que sientes conoces mejor que a ti mismo y luego hacer como si no te importara o fuera tan solo un conocido más.

Y al menos por eso, o tal vez también porque en el fondo se moría por confiárselo a alguien, ella decidió que qué diablos, que su vida era ya lo bastante patética para que no le importara poner en palabras lo que le torturaba aun cuando fuera precisamente ante él.

De modo que, tras vacilar durante lo que le pareció mucho tiempo, suspiró y cabeceó con las pestañas entornadas y una indescifrable mirada.

—Es una larga historia —dijo ella al fin.

Vio dibujarse una pequeña sonrisa en el rostro de Ben al tiempo que miraba tras su hombro y su semblante adquiría una expresión muy seria.

—De acuerdo —dijo él—. Deja que ponga el letrero de cerrado y podrás contármelo.

—No tienes que...

—¿Qué? ¿Cerrar? —Preguntó él en tono ligero al tiempo que se ponía de pie—. Claro que tengo que cerrar. Estoy hambriento. ¿Qué prefieres? ¿Quieres ir a algún lado o pedimos que nos traigan algo?

Eliza apenas dudó. Dio una larga mirada a su alrededor, sus dedos ciñeron el ejemplar que no había dejado de acariciar desde que lo tomó del estante, y esbozó una mueca que a Ben pareció decirle lo que necesitaba sin necesidad de oírlo.

—De acuerdo. Será comida a domicilio —asintió él—. China ¿no?

Ella asintió, nuevamente sin decir una palabra, pero él no la veía ya; se había dirigido a la puerta con grandes zancadas para dar vuelta al letrero y lo vio luego tomar el teléfono del mostrador, rebuscando entre sus notas con el ceño fruncido. Eliza supuso que estaba buscando el teléfono del restaurante y se permitió observarlo con serenidad, preguntándose al cabo de un momento cómo era posible que le pareciera como si no hubieran pasado más que unos minutos desde que dejó de verlo cuando en verdad habían sido casi diez años.

Diez años que vio disolverse ante sus ojos como la nieve al derretirse en una mañana luminosa; lo que le pareció muy apropiado porque ¿no había pensado muchas veces que la presencia de Ben en su vida era precisamente eso? ¿Un día de sol?

BEN

—A ver, deja que me aclare, no estoy seguro de haber registrado todo. Linda se casó y vive con su marido y su hija pequeña al otro lado de la ciudad; tu madre decidió un buen día que estaba harta de todo y que quería empezar de nuevo en uno de los lugares más despoblados del mundo; y a ti te despidieron, así que terminaste con esta señora Fitz lo que sea y con sus mascotas. Incluido el hurón.

—Fitzwilliam. Es la señora Fitzwilliam, como Darcy.

—Claro. Ya decía que me sonaba de algo. Supongo que no está mal eso de tener una referencia literaria incluso en un momento como este. Aunque si considero lo que he visto de ti en estos días, tu vida parece salida más de un pasaje de *Cuento de Navidad* que de *Orgullo y prejuicio*.

—Si me comparas con Scrooge, voy a volcar ese cuenco de fideos sobre tu cabeza.

Ben contuvo una sonrisa y deslizó como al descuido el recipiente para ponerlo fuera del alcance de Eliza. Solo por si acaso.

La verdad, debió reconocer él aun cuando no lo pusiera en palabras porque le pareció una crueldad hacerlo cuando ella se veía tan miserable, era que sí que le recordaba a Scrooge. O a una versión más joven, femenina, y bastante más atractiva que él.

Eliza había ido poniéndolo en antecedentes de la que había sido su vida en los últimos años en tanto aguardaban a que les llevaran la comida y luego, cuando al fin se encontraron uno frente al otro sentados sobre altos bancos ante el mostrador, continuó con ello deteniéndose solo para saborear los platillos que emitían un aroma delicioso y que le recordó a las varias ocasiones en que la madre de Eliza lo encontraba en su apartamento al llegar del trabajo y lo invitaba a quedarse para compartir la cena que había traído con ella.

—Bueno, vamos a dejar por ahora ese desprecio casi patológico que parece sentir por la Navidad...

—¿Patológico?

—Y centrémonos en tu vida y lo poco que te gusta —continuó él como si no hubiera oído su protesta.

Vio a Eliza parpadear y abrir la boca un par de veces como si se encontrara a punto de decir que estaba equivocado, pero como ella siempre había tenido muchos defectos pero era una pésima mentirosa, terminó por cabecear de mala gana antes de meterse un *wonton* en la boca y empezar a mordisquearlo con furia.

—Supongo que es natural que todos estos cambios te hayan afectado ¿pero no te parece que estás permitiendo que determinen demasiado tu vida?

Eliza tragó los restos del *wonton* y bebió un sorbo de agua antes de responder.

—No sé por qué piensas algo como eso —declaró ella en voz baja y con los párpados caídos.

—Bueno, es obvio —señaló él—. Entiendo que tomaras ese empleo cuando las cosas se pusieron feas y no tenías otra alternativa, visto que tuviste que ocuparte de todo sola de un día para otro, pero dijiste que de eso habían pasado... ¿cuánto? ¿Cuatro meses? ¿Qué has dicho?

Eliza hizo una mueca y Ben habría jurado que la oyó refunfuñar un «seis» a regañadientes.

—Seis ¿eh? —comentó él, tras cabecear—. Escucha, sé que no es asunto mío y que puedo sonar un poco imbécil por atreverme a intentar suponer siquiera lo que sientes o por qué haces lo que haces; que es tu vida y que tienes todo el derecho de mandarme al diablo si así lo piensas, pero no puedo evitar pensar que te has estancado y que ahora no sabes qué hacer.

Ben la observó, en espera de que lo negara o que pareciera ofendida, pero en lugar de ello tan solo le dio la impresión de que se encontraba resignada, y un tanto perdida, y aunque se había

repetido una y otra vez en los últimos días que lo que fuera que ocurriera en la vida de Eliza no le concernía en absoluto y mucho menos le afectaba, no pudo evitar sentir un desagradable retortijón en el estómago porque esa imagen derrotada no se condecía en absoluto con la chica determinada y valiente que él conocía.

—Mira, a veces... —él se aclaró la garganta e intentó dar con las palabras para explicar lo que deseaba decir—. El tiempo pasa muy rápido ¿sí? Tomamos decisiones sobre la marcha según podemos con lo que la vida nos pone por delante. Y a veces son cosas que no habríamos elegido en otras circunstancias; pero nos valen entonces porque no tenemos otra alternativa. Luego las cosas empiezan a calmarse y aunque es un buen momento para reformular, nos cuesta hacerlo porque nos vemos cómodos con aquello que elegimos en primer lugar. No importa que no nos guste o que no fuera lo que habíamos pensado que haríamos siempre; nos parece que no está mal, que nos mantiene a salvo. Y el tiempo sigue corriendo y antes de que te des cuenta, han pasado tres, cuatro, o seis meses; y luego serán años y así hasta que eso que deseábamos tanto en primer lugar, lo que de verdad nos habría hecho sentir vivos, simplemente se desvanece y apenas podemos recordarlo. Pero está allí, como una espina clavada que nunca nos va a dejar en paz; es algo que no encaja, una pieza que siempre se va a sentir fuera de lugar.

Aunque Eliza mantuvo un semblante casi imperturbable, jugueteando con la servilleta de papel que sostenía entre los dedos un poco temblorosos, Ben reparó en que lo escuchaba con atención. Sus ojos, velados por algo que no supo nombrar entonces, se apartaron de su rostro de golpe y se dirigieron a las estanterías; iban de una a otra con expresión concentrada hasta que terminó por confundirlo.

—¿Qué? ¿Qué estás buscando? —Preguntó él.

Ella se encogió de hombros y volvió a mirarlo con la sombra de una pequeña sonrisa danzando en los labios.

—Me preguntaba en qué estantería está el libro de autoayuda del que sacaste todo eso.

—Vete al diablo.

—Ya, lo siento. Estaba bromeando; pero tienes que reconocer que me lo dejaste a tiro. — Eliza rio y sostuvo un dedo ante él; la risa murió de golpe y su rostro adquirió una expresión muy seria— ¿De verdad crees que no he pensado en estas cosas? ¿Que no me he planteado más de una vez que tengo que hacer algo, lo que sea, porque no puedo continuar así?

Ben frunció el ceño y apartó el recipiente de comida a un lado; luego, apoyó un codo sobre el mostrador y se inclinó hacia ella para observarla con atención.

—¿Y?

—Y nada —Eliza resopló ante el apremio en su voz—. No sé qué hacer. No tengo idea de qué paso seguir, o si habrá siquiera un lugar para mí allá afuera. Cuando la agencia cerró busqué una nueva colocación, envié currículos; pero nadie parecía quererme, y luego apareció la señora Fitzwilliam y ella sí que creyó que podría servirle aunque entonces no podía distinguir a un hurón de una rata...

Ben sonrió y contuvo a duras penas el impulso de tomar su mano.

—La verdad es que no se parecen en nada —musitó él.

—Eso dijo la señora Fitzwilliam; pero entonces yo no lo tenía tan claro —reconoció ella de mala gana—. El punto es que tal vez tienes razón en que debo reformular las cosas, pero no para continuar con lo que hacía antes sino para hacerme a la idea de que lo que tengo ahora está bien. Quizá el dibujo no es para mí; al menos no algo con lo que pueda ganarme la vida.

—No puedo creer que en verdad pienses eso.

—Eso es cosa tuya.

Ben recorrió su rostro hasta posarse en sus ojos y Eliza sostuvo su mirada sin parpadear; ambos enfrascados en una batalla de voluntades hasta que él comprendió que podrían quedarse así por siempre y que eso no era en absoluto lo que deseaba. Lo que sí quería... bien, eso no lo tenía tan claro, pero tampoco tenía mucho interés en averiguarlo porque temía la conclusión a la que pudiera llegar.

De modo que, tras suspirar, apartó la mirada y extendió una mano para tomar la última pieza de *wonton*, que sostuvo ante él con expresión concentrada.

—¿Has dejado de dibujar? —Preguntó de golpe.

Eliza frunció el ceño como si eso fuera lo último que esperara oír y quizá precisamente por eso respondió con una sinceridad que pareció sorprenderla un poco.

—¡Claro que no! Eso sería como preguntarte si has dejado de respirar o leer. No puedo no... —ella resopló—. Sabes que no podría dejarlo. No del todo.

Ben cabeceó como si fuera eso lo que esperaba oír.

—¿Puedo verlo? Lo que has estado haciendo, digo.

—¿Para qué?

—Tengo curiosidad.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso?

—Eliza...

Ella resopló.

—¿Me dejarás en paz si te los muestro? ¿Nada de seguir citando a Deepak Chopra...?

—Yo no...

—... ni darme sermones respecto a que estoy desperdiciando mi vida y esas cosas.

—¿Piensas que estás desperdiciando tu vida?

Eliza tomó los palillos que dejara abandonados en su plato y los sostuvo ante su nariz, de modo que a Ben no le quedó más remedio que echarse hacia atrás aunque no dejó de observarla ni un segundo, atento a cada matiz de su rostro, de la forma en que apretaba los labios al casi imperceptible brillo que había asomado a sus ojos.

—No hagas eso —exigió ella en tono grave.

—¿Que no haga qué?

—Poner palabras en mi boca o intentar obligarme a reconocer algo que no quiero.

—¿Es eso lo que estaba haciendo? —él parpadeó, simulando una inocencia que no engañó a ninguno—. Porque yo solo intentaba comerme este *wonton*.

Eliza lo observó con los ojos entrecerrados y una inconfundible expresión de desconfianza.

—Te mostraré esos dibujos —dijo ella—; pero me enfadaré mucho si vuelves a insistir con todo esto.

—De acuerdo —Ben asintió de inmediato—. No diré ni una palabra.

No pareció como si ella le creyera del todo pero debió de comprender que no tenía sentido insistir porque él solo le diría lo que deseaba escuchar para salirse con la suya. Y quizá la idea no le pareciera tan mala: dejarlo que lo hiciera porque, ambos lo sabían, en cierta forma ella estaba en deuda con él y cumplirle un capricho tan sencillo no era un gran sacrificio. El que Ben no dudara en aprovecharse de ello le dejó un regusto un tanto amargo porque no era la clase de cosas que habría hecho normalmente, pero algo le dijo que era la única forma de conseguir que Eliza doblara la mano y le mostrara sus trabajos.

Él aun no tenía claro qué pensaba lograr con eso. Tal vez solo quería confirmar que no estaba equivocado y que ella tenía tanto talento como recordaba, dar con una forma de...

Daba igual, se dijo él cuando la vio apartar la mirada y volver su atención a la comida. Ya lo

descubriría en su momento y, entonces, quizá tan solo comprobara que lo suyo no era más que la imposibilidad de dejar el pasado donde debía estar. Bien enterrado y lo bastante lejos de él para que no pudiera lastimarlo de nuevo.

ELIZA

Eliza cumplió con la promesa de llevar a Ben los dibujos en los que había trabajado los últimos meses y, tan pronto como dejó la carpeta ante sus narices, no sin antes recordarle su anterior advertencia de que no quería oír ningún comentario de su parte que pudiera enfadarla, se dijo que había hecho lo correcto.

¿Él tenía curiosidad? Bien. A ella no le importaba satisfacerla siempre y cuando la dejara luego en paz.

Como si hubieran llegado a un tácito acuerdo, Ben tomó la carpeta, la guardó bajo el mostrador y, luego de prometer que se la devolvería en cuanto le hubiera dado una mirada, cambió de tema para hablar acerca del acuerdo al que había llegado con el administrador de la cafetería vecina para que surtiera de algunos de sus productos a la librería. De arranque, nada de café, que para eso él y Deny se valían de su vieja cafetera, pero la pastelería no era lo suyo y no perdían nada con probar con la idea de Ben, a ver qué tal les iba y cuál era el recibimiento de los clientes a esa nueva oferta.

Eliza respondió entonces que no oiría ninguna queja de su parte y que, si lo deseaba, estaría encantada de servirle de sujeto de pruebas. No iba ella a desdeñar la oportunidad de pasarse un domingo recostada en una de las cómodas butacas de la librería mientras devoraba un pastelillo tras otro. A Ben la idea no pareció hacerle mucha gracia pero prometió que cuando menos estudiaría hacerle un descuento especial.

De eso había pasado casi una semana en que Eliza no perdió ocasión para presentarse en la librería y husmear entre las estanterías en tanto charlaba con Ben. Se levantaba un poco más temprano para pasar por allí antes de ir al trabajo y se despedía de la señora Fitzwilliam tan pronto como terminaba su jornada para quedarse al menos un rato antes de que cerrara. Si no pasó todo el fin de semana metida allí fue porque le pareció que podría parecer un poco patético de su parte; no quería dar la impresión de que no tenía otro lugar en el que estar.

Claro que eso era cierto, pero tampoco estaba por la labor de reconocerlo; en especial ante Ben. Aunque podía decir en su favor que si a él le parecía raro que Eliza estuviera tan interesada en invadir su negocio, se cuidó mucho de decirlo.

En esos momentos en que podían hablar, que no eran tantos como a ella le habría gustado porque él se esmeraba mucho por atender a los clientes que entraban con frecuencia a la librería, se enteró de buena parte de la que había sido su vida desde el momento en que se separaron.

Supo así que había entrado a la universidad, tal y como siempre había esperado hacer, que estudió literatura y que había trabajado algunos años en una editorial importante hasta que decidió que eso no era precisamente lo suyo y que si continuaba esperando a que llegara el momento para hacer lo que más ansiaba, vería pasar sus días en un empleo que no le hacía feliz hasta que ese sueño terminara por disolverse en esa nebulosa a la que acostumbramos enviar los anhelos en espera de que llegue el momento preciso para intentar ir por ellos.

De modo que renunció a su empleo, reunió sus ahorros y aplicó a un préstamo para abrir la librería. Tras pensarlo mucho, decidió que el barrio en el que pasó varios años de su niñez y su adolescencia era el lugar preciso para ello y aunque Eliza se tuvo que morder la lengua entonces para no preguntar, ardía de deseos por saber si ella había tenido algo que ver con eso o eran solo los sueños de una pobre y patética mujer que de pronto veía como el hombre que había sido el mejor amigo que tuvo alguna vez tomaba la forma de un anhelo que mantuvo sumergido en sus recuerdos.

Quizá fuera la propia historia de Ben la que lo había llevado a mostrarse tan insistente con ella

cuando hablaron acerca de la vida de Eliza, supuso luego ella al recordar lo que dijo él acerca de ir en busca de sus sueños y no resignarse con una vida cómoda que terminaría por hacerla infeliz; pero ni siquiera eso la hizo sentirse a ella lo bastante cómoda como para reconocer algunas cosas que prefería mantener bien guardadas entre sus inseguridades y sus miedos.

Por eso, cuando una mañana en la que se encontraba en la tienda de mascotas ocupada en arreglar una pieza de la rueda de *Cosmo* que se había zafado por los juegos del hurón, Ben irrumpió en el local enarbolando su carpeta en el aire como si se tratara de alguna clase de trofeo, se dijo que estaba a punto de verse enredada en una situación muy desagradable.

—¡Lo sabía!

Ben se detuvo de golpe al verla maniobrar en tanto sostenía con una mano al hurón y usaba la otra para intentar ajustar la pieza en la pequeña rueda.

—¿Sabías qué?

Él ignoró su pregunta y se acercó para tomar el animal con delicadeza; a ella le pareció conmovedora la forma en que lo acunó contra su pecho y recordó lo que dijera respecto a que siempre había anhelado acoger a uno como mascota; pero como no podía pasarse la vida mirándolo con cara de idiota, agradeció la inesperada ayuda y se apresuró a terminar de ajustar la pieza en su lugar.

Cuando el hurón estuvo de nuevo en su jaula, al parecer muy cómodo y complacido de que los humanos se ocuparan de solucionar el problema, como debía de pensar que era su obligación, Eliza tomó la carpeta de manos de Ben y la dejó sobre una pila de comida para peces.

—¿En qué quedamos? —Preguntó ella.

Ben parpadeó.

—¿Respecto a qué?

—Prometiste que no dirías nada que me enfadara.

—Pero si apenas he abierto la boca.

Eliza llevó una mano a su cintura y lo observó con una ceja arqueada.

—Eso es porque te he detenido antes de que empezaras —señaló ella.

Ben no lo negó, lo que a Eliza le hizo un poco de gracia. De no ser porque todo eso estaba relacionado con ella y temía un poco lo que él fuera a decir, se habría reído por la forma en que parecía provocarle casi un dolor físico contener su lengua. Lo que, desde luego, no duró mucho, comprobó un par de minutos después cuando lo vio elevar las manos al cielo y soltar un resoplido.

—¡Eres buena! —estalló él—. Mejor que eso: eres fantástica.

—Ben...

Él pasó por su lado para tomar la carpeta que ella dejara con tanto descuido y en el proceso rozó su hombro con la mano. Fue un toque ligero, no duró más de unos segundos y, aún así, a Eliza le pareció como si la hubiera sacudido una descarga eléctrica.

Ben no pareció ser consciente de nada de eso porque cuando volvió a situarse ante ella solo pudo ver una fiera determinación en su mirada.

—Sabía que no estaba equivocado al relacionarte con ese ilustrador; tu estilo es muy similar al suyo. Diría incluso que mejor.

Eliza exhaló un hondo suspiro y volvió a tomar la carpeta de sus manos; pero esta vez no la hizo a un lado como antes sino que la llevó a su pecho y la sostuvo con firmeza entre los dedos.

—Ben, no hace falta que digas estas cosas —pidió ella.

—Es que es la verdad; no estoy diciendo nada que no crea.

—Estoy segura de que es así, pero...

—¿Pero qué?

Él dio un paso hacia ella y solo entonces Eliza reparó en que no llevaba chaqueta, solo un suéter de hebras delgadas que se le pegaba a los hombros; debía de haber pasado un frío de muerte al ir de la librería a la tienda, pero no le extrañó demasiado que hiciera algo como eso. Ben nunca se detenía a considerarlo cuando estaba determinado a hacer algo y ella siempre lo había admirado por eso. Excepto en ese momento.

—¿Qué más da?

Ben oyó la exclamación, hecha en un tono hastiado e inclinó un poco el rostro hacia ella, con lo que Eliza se vio capturada por la intensidad de su mirada.

—¿Que qué más da? —Repitió él en tono incrédulo—. No puedes hablar en serio.

—Sí que lo hago.

—Pero es absurdo. Con tu talento, podrías hacer lo que quisieras.

—¿Eso piensas? Díselo a mis antiguos jefes.

Eliza le dio la espalda y esta vez sí que se cuidó de dejar la carpeta lejos de su alcance; luego, tomó la tablilla en la que anotaban los horarios de comida de los animales y empezó a golpetear en ella con un dedo arrancándole un rítmico y molesto sonido.

Ben, a quien su respuesta y su actitud no parecieron afectarle demasiado, fue hacia ella y buscó sus ojos.

—Me dijiste que la agencia había cerrado; no tuvo nada que ver con lo buena que eres. Estoy seguro de que podrías encontrar otro lugar...

Ella apretó los dientes antes de responder. Sabía que él no tenía mala intención, pero le estaba poniendo muy difícil contener su temperamento; su madre decía que se ponía como un puercoespín cuando se sentía acorralada y eso era precisamente lo que pasaba en ese momento. Él la estaba poniendo contra las cuerdas al echarle en cara algo en lo que había pensado mucho y que le provocaba un dolor que le costaba una enormidad acallar.

—También recuerdo haberte dicho que lo intenté —respondió ella al fin mordiendo las palabras.

—Sí, pero es posible que debas variar un poco el enfoque —señaló él sin parecer muy consciente de lo enojada que se encontraba ella; hablaba con un entusiasmo en la mirada que ella habría adorado en otras circunstancias—. Las agencias como esa han visto recortados sus ingresos en los últimos años; la tecnología ahora... pero hay muchas otras opciones para alguien con tu talento.

—¿Ah, sí?

—Claro.

—¿Opciones que paguen las cuentas?

Ben cabeceó, un poco confuso y como si solo entonces hubiera reparado en la agresividad en su voz.

—Estoy seguro de que sería difícil al principio, pero...

—¿Pero qué? ¿Viviré entonces del aire y me recordaré que no importa lo mal que vayan las cosas, al menos tengo ese talento del que hablas?

Un gesto adusto afloró al semblante de Ben y parte del entusiasmo que mostrara hasta entonces pareció desaparecer como por encanto.

—No tienes que hablarme de esa forma.

—¿Por qué no? ¿Porque podría herir tus sentimientos? —Replicó ella un poco burlona.

—¿Desde cuándo te importan mis sentimientos?

Eliza emitió un chillido y, llevada por la frustración y por un cúmulo de emociones negativas

que le parecía que había mantenido ahogadas durante mucho tiempo, lo enfrentó con la barbilla alzada y un inconfundible aire de enojo.

—Sabía que ibas a mencionarlo en algún momento —espetó ella—. Te morías por hacerlo ¿verdad? ¿Es que no vas a perdonarme nunca?

Ben parpadeó como si le sorprendiera esa explosión, pero se recuperó con rapidez y su rostro adquirió una expresión muy similar a la suya.

—Esto no tiene nada que ver con eso —negó él.

—¡Por favor! ¡Tiene todo que ver con eso! No ha habido un solo momento desde que nos vimos luego de que volviste en que no hubieras deseado decirlo.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que he pasado los últimos diez años incubando un rencor enfermizo hacia ti y que ahora estoy aquí solo para recordarte lo que dijiste entonces y cómo me hiciste sentir?

Eliza asintió sin vacilar, aun enfadada pero también un poco arrepentida por no haber medido sus palabras y sacar el tema en ese momento en que se sentía tan poco dueña de sí misma. Sabía que era algo acerca de lo que ella y Ben tendrían que hablar alguna vez si, como ocurría al menos en su caso, ansiaba mantenerlo de alguna u otra forma en su vida; pero entonces, tan furiosa y dolida como estaba, algo le dijo que lo único que conseguiría al hacerlo sería poner las cosas aun peor.

Y así había sido, dedujo al ver la sombra de una sonrisa sarcástica en los labios de Ben, y la forma en que la observó, con una frialdad que le provocó un estremecimiento.

—No eres tan importante, Eliza —soltó él de golpe con un deje carente de emoción—. A diferencia de ti, tengo una vida con la que me siento muy satisfecho y no necesito aferrarme al pasado para buscar una excusa que me permita comportarme como si todavía fuera un niño. Si tanto miedo tienes de hacer lo que quieres, puedes continuar escondiéndote aquí y culpando a otra gente e incluso a la Navidad por sentirte miserable; a mí me da igual. Pero eso en realidad no te importa ¿cierto? Yo no soy para ti más que... ¿cómo me llamaste entonces? Ah, sí. Solo el chico de abajo.

Eliza no atinó a nada para detenerlo cuando lo vio dar media vuelta y, tras dirigirle una mirada que se le antojó de decepción, cruzar la puerta de la tienda y dejarla allí sola con los hombros caídos y el corazón latiéndole muy despacio, como si algo en él se hubiese quebrado y a lo sumo consiguiera palpar lo justo y necesario para evitar que se detuviera del todo.

BEN

Ben podía recordar con absoluta claridad lo que estaba haciendo en el momento en que ocurrió. Aun más, tenía clarísimo lo que llevaba puesto, la canción a la que daba vueltas en su mente desde hacía semanas y el libro que acababa de sacar de la biblioteca. Pretendía mostrárselo a Eliza porque pensaba que podría gustarle. Era una edición algo más moderna del libro de cuentos que le leyó cuando se conocieron y, además, tenía unas ilustraciones que estaba seguro la iban a hacer alucinar.

En parte, también pretendía que el gesto fuera una especie de bandera blanca para limar algunas asperezas que habían surgido entre ambos en las últimas semanas. O en el último par de años, tuvo que reconocer aunque la idea lo sumía en la tristeza.

Pero era lo normal en la adolescencia, se decía él por aquella época. Eliza tenía quince años, él dieciséis, ambos era un poco tontos y cada uno más terco que el otro; no era raro que tuvieran sus diferencias. Por ejemplo, Ben no podía entender que a ella pareciera importarle tanto encajar entre los otros chicos del instituto cuando a él eso le tenía sin cuidado.

Si antes pasaban todo el día juntos, fuera en casa o en la escuela, en los últimos meses había empezado a abrirse una brecha entre ambos que le parecía que iba ampliándose según pasaba el tiempo. Eliza se quedaba hasta después de clase con sus nuevos amigos y él volvía al edificio en el autobús, ya sin la compañera que siempre le había ayudado a hacer más llevaderos los días. Lo peor era que por aquella época la necesitaba más que nunca.

Sus padres discutían cada vez con mayor frecuencia, eso cuando se encontraban en casa, así que su pequeño apartamento se había convertido en una especie de prisión de la que intentaba escapar. En esas tardes que se la hacían eternas, acostumbraba volver a ese rincón en el vestíbulo en el que podía sentarse a leer e intentar evadirse del presente. Era allí donde acostumbraba encontrarlo Eliza al volver de la escuela. A veces, a Ben le costaba reconocer a la niña con la que había crecido en esa adolescente desgarbada y vestida a la moda que iba por el mundo con la actitud de estar de vuelta de todo aun cuando él sabía que en el fondo eso no era del todo cierto.

Entonces sus miradas se encontraban y, aun cuando ninguno decía nada, era evidente para ambos que en ese pequeño espacio en medio de la nada volvían a ser ellos mismos y su amistad emergía nuevamente con la misma intensidad de siempre. Eliza se dejaba caer a su lado, apoyaba el mentón sobre su hombro y lo alentaba a leer en voz alta con un gesto que él correspondía con una ceja arqueada y una sonrisa antes de ponerse con ello.

En más de una ocasión se le había quedado mirando con cara de bobo entre un párrafo y otro, un poco abrumado por la cercanía, algo que jamás le había ocurrido antes; Eliza olía a limones recién exprimidos y a algo que a él al menos se le antojaba muy parecido al aroma que emanaban los libros cuando los retiras del envoltorio por primera vez. Seguro que eran ideas suyas, una proyección de sus deseos, pero en esa época nadie le haría cambiar de opinión respecto a que Eliza se veía y olía como todo lo que más amaba en el mundo.

El hechizo se quebraba cuando la madre de Eliza volvía del trabajo y la urgía a subir a cenar; entonces ella se despedía con un gesto algo tímido que a él lo llevaba a soñar con la idea de que tal vez no fuera el único que sentía todas esas cosas nuevas entre ambos. Que quizá a ella esa cercanía le afectara también y no de la forma en que lo había hecho antes; que algo especial ocurría cada vez que se encontraban juntos y que, en algún momento, alguno de los dos se atrevería a ponerlo en palabras.

Sin embargo, al día siguiente todo empezaba de nuevo. La forma en que rehuía su mirada, las risas estridentes que no parecían ser suyas, los silencios cuando sus nuevos amigos lo señalaban

como el bicho raro de la escuela. El asiento del autobús vacío.

Habría podido continuar así indefinidamente, o tal vez un día Ben se habría hartado y le hubiera increpado su conducta; pero ocurrió algo que apresuró las cosas y que terminó por distanciarlos del todo.

Esa mañana, él se hallaba demasiado entusiasmado como para medir sus actos. Había dado con ese libro que pensó que a Eliza le encantaría y se moría por mostrárselo. No pudo esperar a que se encontraran en el edificio luego; la había visto deambulando por los pasillos con un par de amigas y supuso que podría llamarla a un aparte antes de que empezara la siguiente clase.

Mucho tiempo después se preguntó si hubiera podido hacer algo por evitar ese mal rato. Si debió hacer más ruido para que las chicas que cuchicheaban se dieran cuenta de su presencia; si no debió dar media vuelta y volver por donde había venido en cuanto reparó en que Eliza parecía un poco fastidiada por lo que fuera que le estuvieran diciendo.

Pero no hizo nada de eso. Solo se quedó de pie, en un recodo del pasillo, atraído por sus voces y sin poder evitar oír lo que murmuraban.

Como que uno de los chicos más populares de la escuela estaba interesado en Eliza y que ninguna entendía por qué ella no aceptaba salir con él. Que era una tonta y que a ese paso todo el mundo empezaría a pensar que tenía algo con ese muchacho tan raro que la seguía con la mirada como un borrego enamorado.

De no haberse encontrado tan avergonzado, Ben hubiera podido advertir que Eliza no parecía en absoluto cómoda con todo eso y que sus ojos adquirieron un brillo de enfado al oír que se referían a él de esa forma. Lo que sí noto, y aquello habría de perseguirlo durante mucho tiempo, fue que hubo un momento en que ella se mostró harta de todo eso y, tras apartar con un gesto ese largo y precioso cabello que él había acariciado tantas veces en sueños, miró a sus amigas con el ceño fruncido y dijo:

—No sean tontas; él vive en mi edificio, pero eso es todo. No es nada mío; es solo el chico de abajo.

Algo raro pasó entonces, habría de recordar Ben con frecuencia cada vez que pensó en ello. No habría sabido decir por qué, si él hizo algún tipo de ruido o la intensidad de su mirada atrajo la atención de Eliza. En realidad daba igual. Lo importante fue que ella calló de golpe, su cuerpo pareció ponerse muy rígido y apartó la mirada de sus amigas, buscando entre la multitud de chicos que iban de un lado a otro. Hasta dar con él.

Sus ojos se encontraron y, por una milésima de segundo, a Ben le pareció que ella estaba a punto de echarse a llorar; pero entonces su rostro se deformó en una mueca de rabia, una actitud que él conocía bien porque le había visto adoptarla muchas veces a lo largo de los años cuando Eliza se sentía culpable por algo.

Pero eso a él no pudo importarle menos. Se sintió demasiado herido; fue como si alguien hubiera tomado el libro que en ese momento sostenía con dedos flojos y le hubiera dado una paliza con él. Le dolió el corazón aunque para entonces habría podido jurar que eso no era posible y una humedad de lo más desagradable asomó a sus ojos. Se sintió débil, un poco idiota y tan bicho raro como le decían algunos.

A partir de allí, se movió como un autómatas durante el resto del día. Dejó el libro de vuelta en la biblioteca porque no soportaba verlo; asistió a las clases que faltaban y volvió a casa con semblante demudado. Luego se encerró en su habitación y no salió de allí hasta que el hambre le obligó a arrastrarse a la cocina sin atender a las preguntas de sus padres, a quienes les pareció extraño que no estuviera en el vestíbulo o con Eliza.

Luego de eso, las cosas entre él y Eliza no fueron las mismas. Durante todo el tiempo que se

quedó allí antes de que sus padres decidieran volver a Baltimore unos meses después, no volvió a dirigirle la palabra ni ella hizo nada por disculparse por lo ocurrido en la escuela. A Ben le dio la impresión de que ella se encontraba muy avergonzada por eso, incluso un poco arrepentida, y que si no se disculpaba con él era solo porque le podía el orgullo y el miedo de que la rechazara.

Cosa que, no tenía sentido negarlo, él hubiera hecho sin vacilar. Entonces se sentía demasiado herido como para pensar en nada que no fuera el dolor que le había hecho sentir. Quizá, de haberse quedado y con el paso del tiempo, habría aprendido a perdonarla y ambos hubieran madurado lo suficiente para que hablaran al respecto.

Pero las cosas no se dieron así: Ben se fue y no volvió a verla hasta ese momento en que, descubrió que no podía continuar negándolo, no le era tan indiferente como había intentado convencerse. Le importaba lo que ella pensara, y lo ocurrido en su adolescencia aun le dolía lo suficiente para mostrarse como un chiquillo despechado a la primera oportunidad.

Y pese a ello, no había sido capaz de mantenerse alejado de ella o fingir indiferencia frente a las cosas que evidentemente andaban tan mal en su vida. Había deseado ayudarla, alentarla a buscar aquello que la hiciera feliz, cualquier cosa que le ayudara a sonreír de la forma en que lo hacía antes. Cuando el mundo parecía girar alrededor de ambos, ella se veía llena de vida y él hubiera dado lo que fuera para que continuara así.

¿Pero qué sabía él?, se cuestionó ese día helado en que abandonó la tienda de mascotas para volver a la librería. Para ella era solo el chico de abajo. Tal vez aun lo fuera.

ELIZA

Aunque Eliza intentó convencerse de que no echaba en absoluto en falta sus visitas a la librería y que lo mejor era que continuara tan lejos de ella como pudiera, de ella y de su dueño, la verdad era que no pasó un solo día en esa semana en que se obligó a no dirigirle ni la más mínima mirada, en que no sintiera el corazón apretujado por la pena y la necesidad de acercarse siquiera un momento para pegar la nariz a la vidriera y buscar entre la gente en su interior el rostro de Ben.

Qué odiosa era, se decía ella en las noches de vuelta en casa, cuando se arrebujaba entre sus mantas y bebía café aguado, tan sola como no se había sentido en mucho tiempo. A la ausencia de su madre y hermana se había sumado la de alguien más. Alguien a quien había echado en falta durante tanto tiempo que la sensación había pasado a formar parte de sí y ya casi no la sentía. Pero luego de la vuelta de Ben, de haber hablado nuevamente con él y comprender que le importaba tanto como lo hizo alguna vez, que le era tan familiar que dolía, por un breve espacio de tiempo se había permitido soñar con que él se quedaría en su vida para siempre.

Lo que era una tontería, por supuesto, se recriminó ella una y otra vez luego de su horrible discusión en la tienda. Tal vez hubiera vuelto al barrio, pero no a su vida, y si habían logrado entablar una relación más o menos cordial fue solo porque ambos se esforzaron mucho por no abordar el pasado. Pero eso no podía durar mucho; tenía que ocurrir en algún momento. Y así había sido. Y ahora Ben estaba nuevamente fuera de su vida; quizá para siempre.

Lo único bueno de pasar tanto tiempo en casa, descubrió ella poco después cuando se encontraba tan deprimida que solo podía hacerse un lío en el sofá cada noche al volver a casa, era que podía trabajar en sus dibujos. No había vuelto a refundir en el cajón de su escritorio la carpeta con sus trabajos que mostró a Ben; la tenía con ella y, casi sin darse cuenta, empezó a jugar con algunos trazos.

Hasta entonces, tal y como reconociera, no había dejado de dibujar; hacerlo habría sido como contener la respiración y esperar que no fuera a reventar por la necesidad de aire. Pero no había trabajado en nada serio, ningún proyecto nuevo como esos que le quitaban el sueño hasta antes de que se viera obligada a dejar su empleo.

Ahora, sin embargo, sí que tenía algo en mente que deseaba explorar y fue a eso a lo que se dedicó durante toda esa semana, trazando y borrando líneas, sumergida en su imaginación y en las ideas que le venían a la cabeza sin saber de dónde salían pero que se esmeraba por cazar al vuelo para fijarlas en el papel.

Cuando estaban a solo una semana de Navidad, y luego de que rechazara por quinta vez la invitación de su hermana para pasar ese día con ella y su familia, incluso cuando la muy traidora tuvo la brillante idea de poner al teléfono a la pequeña Fran, cuyos balbuceos estuvieron a punto de derretirla, decidió que si estaba determinada a pasar esas fechas a solas, bien podía cuando menos hacer algún tipo de planes para que las cosas no resultaran tan patéticas.

Aprovechar las rebajas para procurarse una cena decente no era mala idea para empezar, se dijo una mañana de domingo luego de embutirse en su abrigo y reunir algunos cupones de descuento que había recortado del diario. Incluso era posible que encontrara alguna oferta de cafeteras para reemplazar la arruinada porque ni siquiera ella era tan dura de corazón como para continuar bebiendo ese café soluble tan malo sin terminar de deprimirse del todo.

En eso estaba, entusiasmada a su pesar luego de pasar varios días hundida en la conmiseración, cuando notó algo raro al abandonar el apartamento esa mañana y descender las escaleras camino al vestíbulo.

Para empezar, no oyó los ladridos del perro de la señora Morris una vez que llegó al rellano de

su piso. Ni eso ni los refunfuños de la anciana, que a esa hora acostumbraba salir a regar sus plantas en la entrada. Se sintió aliviada por eso durante todo un minuto hasta que cayó en la cuenta de que era demasiado extraño como para pasarlo por alto.

Habría podido irse... dar media vuelta y continuar con su camino como si nada. Después de todo ¿qué más le daba a ella eso? Por primera vez en años desde que pasaba por allí, nadie había intentado morderla, o gritarle; pero aun así, su intuición le dijo que algo no andaba bien y que no tenía nada que ver con que a la señora Morris se le hubiesen pegado las sábanas.

De modo que tomó aire y, tras dudar un par de minutos, se asomó a la puerta y tocó. Obtuvo una andanada de ladridos como respuesta y exhaló un suspiro de alivio; tal vez no hubiera pasado nada malo, el perro parecía encontrarse bien. Pero no oyó la voz de la señora mandándola a callar ni sus pasos acercándose para abrir, así que golpeó de nuevo y, cuando le pareció que ya había pasado demasiado tiempo sin respuesta, frunció el ceño y se arrodilló ante la puerta para mirar por una rendija que ella y Ben habían descubierto cuando eran niños y desde la que se tenía un asomo del interior.

No vio nada de inmediato más que las patas huesudas del perro de la señora Morris, que corrían de un lado a otro con un afán desenfrenado que la llevó a preocuparse aun más. Entrecerró los ojos para mirar con más atención y creyó distinguir una figura tendida sobre el suelo de linóleo. Se incorporó de golpe y no dudó más; se puso de pie y corrió escaleras abajo para buscar al conserje, que tenía una llave maestra para abrir las puertas de todo el edificio.

Lo encontró en su propio apartamento, en el sótano; el pobre hombre acababa de sentarse a desayunar y cuando la oyó balbucear algo respecto a que la señora Morris necesitaba su ayuda, solo atinó a correr tras ella dejando un reguero de migas tras él.

Era tarde. Muy tarde, comprobó Eliza cuando el hombre logró abrir la puerta y ella se ocupó de mantener al perro a raya para que le dejara ir en auxilio de la anciana. Su mirada vidriosa y el rostro macilento confirmaron sus sospechas.

Poco después, mientras el conserje se ocupaba de llamar a la ambulancia, ella volvió a su apartamento y se dejó caer sobre la primera silla que vio, preguntándose por qué sentía como si acabara de desvanecerse una parte de su vida.

BEN

Por lo general, a Ben se le daba bien ignorar a Deny. Llevaba años practicando.

Mientras su amigo hablaba hasta que se le secaba la garganta, él hacía como que le prestaba atención aunque en realidad su mente se encontraba muy lejos de allí; claro que recordaba asentir cada tanto para no ofenderlo y que pudiera lanzarse con otra andanada de palabrería, y todos contentos.

Pero en esa ocasión, mientras hacía el cierre de caja al término del día, concentrado en calcular si con ese volumen de ventas podrían cubrir todos los gastos del mes y, con suerte, empezar a ver algo de las ganancias que había estimado que podría darle la librería, reparó en que Deny pronunciaba un nombre que hizo que se le dispararan todas las alarmas.

—Y dicen que llegó la ambulancia y todo. La pobre mujer se habría quedado allí durante un mes de no ser por Eliza; el perro estaba como loco y la gente no ayudaba mucho. Todos metiendo la nariz para ver lo que había pasado pero ni uno fue capaz de echar una mano... ¿Qué pasa? ¿Por qué me ves así?

Ben no se dio cuenta hasta ese momento de que sus manos sujetaban el listado estrujándolo entre los dedos o que había echado el cuerpo hacia adelante en el mostrador para observar a su amigo con el ceño fruncido. Entonces, parpadeó y sacudió la cabeza de un lado a otro para aclarar sus ideas antes de dirigirse a él con la garganta un poco apretada.

—Cuéntamelo todo de nuevo —pidió él.

Deny debió de ver algo en su rostro, o quizá captó el matiz inquieto en el tono de su voz, pero por una vez, en todos los años que llevaba de conocerlo, hizo lo que le pidió sin rechistar y, cuando hubo terminado, Ben guardó silencio durante varios minutos antes de asentir, pensativo. Iba a resultar que, después de todo, todavía le quedaba una parte de su pasado a la que debía enfrentarse.

Ben nunca hubiese imaginado que iba a volver al viejo edificio de apartamentos. Cuando lo dejó atrás hacía tantos años ya, creyó que pasaría a convertirse en uno más de esos varios lugares en los que había residido con sus padres y que terminaron por asumir la forma de un recuerdo nebuloso.

La vida de Ben había sido una sucesión de abandonos y esporádicos regresos. Marchas y contramarchas que le dificultaron el permanecer durante suficiente tiempo en un lugar como para llegar a considerarlo un verdadero hogar. Lo más cerca que se sintió de uno alguna vez fue allí, en ese edificio. Con sus padres medio ausentes, el reloj de péndulo del vestíbulo sirviéndole de compañía durante las maratones de lectura, los vecinos bulliciosos, y ella. Siempre ella.

Desde luego, el ascensor estaba averiado y el comprobarlo le arrancó una sonrisa que sirvió para disolver parte de la ansiedad que hiciera presa de él desde que decidió ir allí. Subió hasta el piso en que se encontraba el apartamento de Eliza sin que le apeteciera dar una mirada a la que había sido su casa en el pasado; cuando mucho, inhaló el aire que relacionaba siempre con el lugar, a papel tapiz gastado y pisos de linóleo recién fregados.

Cuando llegó ante la puerta de Eliza, tomó aire un par de veces y osciló sobre los pies en un ademán cargado de nerviosismo.

Bueno, ya estaba allí, se dijo intentando forzar a su mano a tocar, pero a lo único a lo que atinó fue a echarse hacia adelante y pegar la frente sobre la superficie de madera con los ojos cerrados. Permaneció así durante varios segundos, con los pensamientos un poco enredados, y tal vez se habría quedado en la misma posición, avergonzado por ese ataque de cobardía, de no ser porque

oyó un sonoro ladrido procedente del interior del apartamento que le obligó a echarse hacia atrás y llevar una mano a su pecho.

La puerta se abrió de golpe y su mirada asombrada se topó con la de Eliza, que parpadeó varias veces antes de recorrer su figura de pies a cabeza como si intentara asegurarse de que no se trataba de una alucinación. Ben reparó en que ella llevaba lo que a todas luces solo podía ser un pijama y que se había echado una manta sobre los hombros; una de sus manos permanecía asida al filo de la puerta en tanto con la otra procuraba mantener a un perro diminuto a raya.

El animal no dejaba de ladrar y Ben vaciló antes de que Eliza exhalara un hondo suspiro al tiempo que se hacía a un lado para invitarlo a pasar.

—Supongo que oíste las novedades.

Ben asintió al tiempo que cruzaba el pequeño recibidor reconociendo los muebles que le eran tan familiares; las muescas en el papel tapiz que recordaba haber contemplado alguna vez con curiosidad, preguntándose qué se sentiría formar parte de una familia en la que parecía tan normal hacer algo como vivir sin importar las huellas que esa vida fuera a dejar en su entorno. Para él, que se había criado en un ambiente en que le machacaban una y otra vez la importancia de cuidar todo y conducirse como un adulto responsable incluso cuando estaba muy lejos de la edad para serlo, aquello siempre le había parecido fascinante.

Vio el viejo sillón en el que él y Eliza acostumbraban sentarse a ver televisión cuando eran niños en tanto aguardaban la llegada de su madre y una pequeña sonrisa asomó a sus labios al reparar en las mantas enrolladas y los restos de envases con helado que había regados sobre una mesita lateral.

—Lo siento —él se detuvo de golpe en medio del salón y buscó la mirada de Eliza con semblante apesadumbrado—. Lo de la señora Morris; acabo de enterarme. Debió de ser...

—Horrible. Sí —lo interrumpió ella con el ceño fruncido.

Ben cabeceó y alternó la mirada de su rostro al perro que había empezado a gemir en una letanía que habría resultado molesta de no ser porque a él, al menos, le rompió un poco el corazón. Y por la forma en que Eliza lo veía, era evidente que a ella le pasaba algo parecido.

Como si se hiciera una idea de lo que pensaba, Eliza se encogió de hombros y se agachó para tomar al animal entre los brazos antes de dejarse caer sobre el sofá.

—Parece que lo sabe —mencionó ella, acunándolo en su regazo y tras pasar una mano por sus orejas con dedos un poco temblorosos—. Que ella no va a volver.

Ben suspiró.

—¿No fue él el que intentó morderte?

—Y lo consiguió. Varias veces —Eliza asintió e hizo una mueca.

—No parece como si estuviera muy tentado a hacerlo ahora.

—Sí, bueno, creo que es lo bastante listo para saber que esa no sería una buena jugada en este momento.

Ben titubeó un instante y, tras considerarlo, señaló el asiento a su lado y se dejó caer sobre él tan pronto como ella cabeceó con brusquedad, sin mirarlo a los ojos. Permanecieron en silencio durante un rato un tanto incómodo hasta que él se aclaró la garganta para decir algo, pero ella se le adelantó al hablar con una voz tan bajita que tuvo que inclinarse en su dirección para descifrar sus palabras.

—Iban a llevarlo a una perrera —Eliza hizo un gesto de desagrado al tiempo que señalaba al animal con una cabezada—. No había nadie más que quisiera hacerse cargo de él y no pude dejarlo. ¿Te imaginas lo horrible que hubiera sido para el pobre? Perder a su dueña y luego ser arrojado a un lugar así.

—¿Vas a quedártelo?

—No lo sé. Todavía lo estoy pensando —Ben la vio morderse el labio inferior con semblante nervioso—. Quizá le encuentre otra familia que lo cuide un poco mejor...

—Estoy seguro de que no lo has hecho mal hasta ahora.

Ella resopló y le dirigió una mirada burlona.

—Le he dado comida para gatos —comentó, tras encogerse de hombros—. Corrí a la tienda a buscar algo, pero estaba tan alterada que me equivoqué. Cierto que él no se ha quejado, pero...

Ben sonrió, sin responder. ¿Qué habría podido decir a algo como eso? ¿Que no era nada que le extrañara porque ella siempre se ponía de los nervios cuando algo le desestabilizaba la vida o que aquel gesto solo confirmaba su impresión de que, Scrooge o no, era una persona maravillosa? Ambas cosas habrían supuesto un reconocimiento de lo bien que la conocía, sin embargo, así que se contentó con mantener la mirada puesta en su rostro hasta que ella empezó a revolverse un poco incómoda en el asiento.

—¿Qué es lo que estás haciendo aquí?

La pregunta de Eliza planeó entre ambos y Ben la consideró durante varios segundos antes de empezar a sacudir la cabeza de un lado a otro.

—No tengo idea —reconoció él luego de extender las piernas para apoyarlas sobre la mesita, un gesto que Eliza observó con el entrecejo fruncido—. Solo... oí lo de la señora Morris y me dije que tenía que venir.

—¿Por qué?

—Supuse que te afectaría.

—No la soportaba.

Él ladeó el rostro y recorrió sus ojos inflamados, la piel tirante y un poco pálida de sus mejillas, y sus labios agrietados.

—¿Y por qué parece como si llevaras toda la mañana llorando?

Eliza parpadeó al oír la pregunta de Ben hecha en un susurro y se encogió de hombros antes de empezar a parpadear con furia, como si aquella mención estuviera a punto de soltar una vez más el cauce que le había costado tanto cerrar.

—Fue...impresionante encontrarla así. Nunca imaginé... no es que...

Ben cabeceó.

—¿Quieres un abrazo?

La propuesta salió de sus labios antes de detenerse a considerarla y tan pronto como la oyó hizo un gesto de pesar, un poco arrepentido de haberlo puesto en palabras porque aun cuando no hubiera nada que ansiara más, era posible que Eliza lo tomara a mal y le pareció injusto incomodarla en un momento como ese. Pero entonces ella lo sorprendió al mirarlo con los ojos muy abiertos antes de asentir una y otra vez al tiempo que un torrente de lágrimas le bañaba las mejillas.

De golpe, Ben se vio con su cuerpo pequeño y delgado asentado contra su pecho y rodeó sus hombros para atraerla hacia sí; luego, apoyó el mentón sobre su cabeza e inhaló el aroma dulzón de su cabello, muy consciente del acompasado latido de su corazón y del bulto que hacía el perro sobre su regazo. Tras vacilar, y ahogando un suspiro, llevó la mano libre para acariciar las orejas del animal, consciente de que estaba tan necesitado de consuelo como la mujer que temblaba entre sus brazos.

ELIZA

Él había preguntado si quería un abrazo y Eliza habría deseado decir que así era siempre y cuando fuera el suyo. Pero eso hubiese sonado demasiado patético, así que se contentó con guardar silencio y dejarse rodear por sus manos seguras y firmes que ayudaron a derretir ese frío que se había asentado en sus huesos desde el momento en que abandonó el apartamento de la señora Morris con su perro en brazos.

Desde entonces, salvo por salir corriendo a buscar comida para el animal que este apenas tocó, lo único que hizo fue comer helado y llorar. Lloró por la que había sido una presencia constante en su vida desde que podía recordarlo, por la forma tan triste y solitaria en que había partido del mundo, y se permitió también llorar por sí misma.

Había estado tan determinada durante los últimos meses a plantarle cara a los cambios que se habían sucedido en su vida sin permitirse lamentarse por ellos que había olvidado lo importante que era detenerse a sentir el dolor y dejar que fluyera por sus miembros para poder luego dejarlo salir por medio de las lágrimas. Claro que estaba lejos de ser un remedio que desaparecía las penas, pero de alguna forma le ayudó cuando menos a deshacerse de ese pesar atascado que empezaba a emponzoñar su alma.

El que Ben estuviera allí... eso no lo habría imaginado ni en un millón de años, pero tan pronto como lo vio de pie en la puerta, tan incómodo como debía de parecer ella, supo que no habría podido pensar en nadie más a quien deseara tener a su lado en ese momento. Tal vez no se hubieran separado de la mejor forma la última vez que se vieron, pero cualquier recuerdo que hubiera podido guardar de su discusión pareció disolverse tan pronto como sintió la calidez de su abrazo y la serenidad que transmitía su respiración pausada sobre su sien.

No recordaba cuándo fue la última vez que alguien la abrazó de esa forma o lo natural que le pareció abrazar a otro ser humano también y cerrar los ojos con esa confianza ciega que solo nos inspiran las personas a quienes queremos de verdad.

Habría podido quedarse así por siempre de no ser porque el perro empezó a revolverse en su regazo y emitió un sonoro gruñido antes de deslizarse fuera del sillón, lanzándoles miradas de enfado en tanto daba vueltas alrededor de la moqueta.

—Parece que su mal genio está intacto.

Eliza sorbió por la nariz y empezó a rebuscar en los bolsillos del pijama hasta dar con un pañuelo en tanto Ben se echaba hacia atrás luego de dirigirle una mirada sonriente.

—Eso creo —asintió ella, pasando el trozo de tela por sus mejillas con ademán avergonzado—. Hace falta más que una tragedia para cambiar a alguien ¿no?

—A decir verdad, creo que es precisamente algo como una tragedia lo que puede convertirnos en una persona totalmente distinta.

—Pero él es un perro; dudo que le vaya mucho la filosofía.

—Cierto.

Eliza buscó la mirada de Ben y se sorprendió al advertir que las comisuras de sus labios empezaban a elevarse y que ese nudo que sintiera hasta entonces constriñéndole el estómago se soltaba dejándole una sensación mucho más agradable. Como miel caliente recorriendo cada rinconcito de su cuerpo, se dijo al percibir todavía en su piel parte del calor que él imprimiera en ella al abrazarla.

—Gracias por venir —ella se adelantó cuando lo vio abrir la boca para decir algo—. Seguro que lo último que querías era venir a este lugar a hablar conmigo. No después...

Ben empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro antes de que terminara de hablar.

—Te equivocas —negó él—. No había nada que quisiera más que estar contigo en este momento.

Eliza parpadeó y agachó la cabeza, sintiendo sus mejillas arder al tiempo que sus manos, enlazadas sobre el regazo, iniciaban una extraña danza al dar vueltas en un ademán nervioso.

—Me refiero a que imaginé que esto iba a afectarte porque conocías a la señora Morris desde... siempre, y no quise que estuvieras sola —continuó él.

Eliza cabeceó y sus manos se detuvieron de golpe; el fuego en su rostro se mantuvo inalterable, sin embargo, aunque tuvo mucho que ver con el hecho de que se sintiera un poco avergonzada de haber llegado a otro tipo de conclusión. Por supuesto que Ben había ido porque sintió lástima por ella y su buen corazón le ganó la partida pese a que tenía todos los motivos del mundo para no desear verla de nuevo.

—...entonces Deny dijo tu nombre, até cabos, y se me ocurrió pasar a echar una mirada. Solo para saber si te encontrabas bien.

Eliza parpadeó y llevó la mirada a su rostro, consciente de que se había perdido algo de lo que él dijo, pero demasiado avergonzada para reconocer que no lo oyó porque había estado demasiado ocupada pensando en lo mucho que deseaba que no estuviera allí por nada que no fuera la necesidad de verla.

—Lo estoy —ella habló luego de carraspear con suavidad para aclarar su garganta—. Bien, digo. Estoy muy bien.

Su voz surgió demasiado chillona; tan falsa que incluso a ella le pareció ridícula. De modo que, luego de intercambiar una rápida mirada con Ben, que la veía con el rostro ladeado y una inconfundible expresión escéptica, no le quedó más que asentir de mala gana.

—Ya. Tal vez no esté tan bien —reconoció ella—. Pero lo estaré.

Ben cabeceó y la sorprendió al apoyar un codo sobre el respaldar del sillón, echando el cuerpo hacia adelante para estudiar su expresión con gesto serio.

—¿Segura? —Preguntó él.

—Claro.

—Eliza...

Ella se echó un mechón de cabello hacia atrás. Solo entonces se le ocurrió que debía verse como si acabara de escapar de un ciclón; sentía su rostro hinchado por las lágrimas, el cabello oscilando en lo alto de la cabeza sujeto con un lápiz y con seguridad debían de haber algunas manchas de helado en su pijama. Bonita imagen debía de dar, supuso con una mueca; pero como no parecía que aquello impresionara mucho a Ben, se dijo también que a ella tampoco debería importarle.

De modo que, cuando habló nuevamente, lo hizo con cierto tono desafiante en su voz; tanto como lo fue su expresión al sostener la mirada del hombre a su lado y que, por el contrario, la observaba con semblante tranquilo.

—Ha sido chocante, está bien, y es posible que esté un poquito conmocionada...

—Un poquito.

—Sí —asintió ella como si no hubiera detectado el sarcasmo en su voz—; pero en cuanto se me pase la impresión y encuentre un nuevo hogar para él me sentiré mucho mejor—señaló con una cabezada al perro que acababa de tenderse bajo el aparador y forzó una sonrisa temblorosa—. Eso es todo.

—Eso es todo.

—¿Vas a repetir todo lo que diga?

Ben se encogió de hombros y le dirigió una mirada pensativa que la hizo removerse inquieta

sobre el asiento.

—¿Qué? —Preguntó ella cuando le pareció que no podría soportarlo más— ¿Por qué me ves de esa forma?

—Eliza, acabas de llorar como si hubieras perdido a alguien muy importante para ti.

—No ha sido tanto.

—Díselo a mi camisa.

Ella llevó la mirada a su pecho y reparó en que un reguero de humedad discurría de lado a lado y no le quedó más alternativa que apretar los labios y mantener el semblante obstinado.

—Tal vez me dejé llevar —reconoció ella a regañadientes.

—No me estoy quejando —replicó él de inmediato buscando su mirada—. Mi punto es que todo esto te ha afectado más de lo que quieres aceptar.

—¿Y por qué sería eso? La señora Morris y yo no éramos precisamente unidas; lo sabes tan bien como yo.

—No creo que esto se trate tan solo de la señora Morris.

Eliza contuvo el aliento al oír las palabras de Ben. Debió imaginar que él podría verlo, se dijo al llevarse una mano al rostro en un gesto reflejo. Hubiera deseado correr a su habitación para ocultarse de él; cerrar la puerta en sus narices y meter la cabeza bajo la almohada hasta que se aburriera y decidiera irse.

Pero como ella ya no tenía diez años y Ben no era de los que perdían la paciencia con facilidad, se dijo que esa era una idea estúpida y que bien podía hacer un esfuerzo por actuar como una adulta. De modo que reunió el poco valor que le quedaba y asintió un par de veces antes de exhalar un hondo suspiro.

—¿Sabes qué fue lo que me dijo la última que hablamos? —Preguntó ella en voz muy baja—. Cuando tuvimos esa fea discusión el día que fui a conocer la librería.

Ben negó con la cabeza y la observó, atento.

—Ella dijo... dijo que era odiosa y que por eso todo el mundo se había ido dejándome sola — Eliza hizo un mohín de disgusto y parpadeó para contener una nueva oleada de lágrimas—. Y dijo también que me quedaría así para siempre porque nadie iba a quererme nunca.

Vio que una mirada de entendimiento asomaba al rostro de Ben luego de dejar salir aquello de golpe y se forzó a no volver la atención a sus manos. Todavía le quedaba un poco de dignidad; lo suficiente para no rehuir sus ojos como una niña avergonzada por reconocer que aun le escocía que una mujer resentida con la vida le hubiera dicho todo eso.

Ninguno habló hasta que pasaron algunos minutos; el sonido de los lameteos del perro, que había empezado a hurgar entre sus patas con bastante descaro, y el eco lejano de unas voces en el pasillo fueron lo único que perturbó el silencio hasta que Ben cogió aire y la sorprendió al extender una mano para posarla sobre su mejilla.

Fue una sensación de lo más extraña. Él la había tocado antes; muchas veces, en realidad. Acababa de hacerlo hacía solo unos minutos mientras la abrazaba para consolarla. Pero hubo algo distinto en ese momento. Tal vez tuviera que ver con el hecho de que no había necesidad de que lo hiciera; ni ella se había lanzado a sus brazos buscando un alivio a su pena ni él parecía impulsado por un gesto desinteresado.

La tocaba porque era eso lo que deseaba, comprendió ella al advertir que sus dedos temblaban un poco al recorrer su piel y que la miraba como si la viera por primera vez.

—Tenías razón.

La voz de Ben surgió en un tono bajo y grave que le provocó un escalofrío y se vio entreabriendo los labios sin ser muy consciente de lo que hacía.

—¿En qué? —Preguntó ella.

—La señora Morris era una mala persona.

—Oye, no pretendía hablar mal de una mujer muerta.

—No, está bien, se lo merece. Era horrible.

Eliza esbozó una sonrisa afligida y se encogió de hombros; el movimiento provocó que los dedos de Ben resbalaran por su rostro y contuvo un resoplido cuando rozaron la suave piel de su cuello.

—Estaba triste —musitó ella con voz un poco temblorosa—. Y sola; muy sola. Eso puede hacer que cualquiera se vuelva un poco cruel.

Ben entornó los párpados y le lanzó otra mirada pensativa que esta vez no le produjo el deseo de salir corriendo; por el contrario, dejó que la estudiara a placer sin apartar la mirada, consciente de que con ello le daba permiso para ver en sus ojos lo que había mantenido oculto en su interior.

—Tú nunca podrías ser como ella —aseguró él—. No eres odiosa.

—¿Ah, no? Porque algunos pensarían...

—No. No lo eres —negó él, rotundo—. Y el que tu madre y tu hermana decidieran marcharse no tuvo nada que ver contigo; es la vida, y estoy seguro de que ellas te quieren tanto como siempre.

Ella suspiró, rendida porque sabía que, al menos en eso, tenía toda la razón. Pero no pareció que Ben hubiese terminado porque se acercó un poco más a ella y usó la mano libre para tomar la suya, apretando sus dedos con firmeza; la otra permanecía rodeando su nuca en una especie de caricia demasiado íntima como para que ella pudiera fingir que no la afectaba de la forma en que lo hacía.

—Y no vas a quedarte sola; no lo estás ahora —continuó él—. En cuanto a eso de que nadie te querrá... esa mujer no solo era horrible, tampoco te conocía en absoluto porque de haberlo hecho habría sabido que eso es imposible.

—Ay, Ben...

Su nombre surgió de sus labios con una cadencia muy dulce y fue ella entonces quien se acercó a él hasta que se encontraron muy juntos, uno frente al otro. Su aliento le provocó un cosquilleo en la nariz y se detuvo a admirar la sombra oscura de sus pestañas en contraste con su cabello claro, sin poder resistir el impulso de tomar unos mechones entre los dedos, encantada por la sensación familiar que la asaltó al tocarlo.

—Nadie que te conociera podría evitar quererte —murmuró él sobre sus labios—. Sin importar lo que ocurriera, el tiempo que pasara...

Eliza tragó espeso e hizo un gesto indeciso; su corazón, que se había mantenido en un lento latido hasta entonces, empezó a bombear con fuerza contra su pecho y le pareció increíble que Ben no fuera capaz de oírlo.

—¿Aunque hubiera sido odiosa? —Preguntó ella en tono quebrado—. ¿Incluso así?

—Incluso así —asintió él sin vacilar.

Unas lágrimas traicioneras e inoportunas se deslizaron por las mejillas de Eliza y resopló cuando los dedos de Ben se ocuparon de secarlas con suavidad.

—Ben, yo no pensaba de verdad nada de lo que dije —ella se atropelló con las palabras tan pronto como empezó con la primera, convencida de que si no lo decía entonces no sería capaz de hacerlo nunca—. Eso de que no significabas nada para mí. Te prometo que no lo creía; entonces no hubiera podido explicarlo, pero ahora sí y necesito que sepas que eras el mundo para mí.

Lo vio sonreír como si de alguna forma ya lo supiera y se preguntó si, lo mismo que para ella,

sería un descubrimiento reciente o siempre lo habría sospechado; pero no se detuvo a pensarlo. Aun tenía algo más para decir.

—Y nunca te vi como al chico de abajo —continuó ella—. Tal vez en cierta forma lo fueras porque sí que vivías unos pisos más abajo —le produjo un alivio infinito que las palabras surgieran con tal facilidad, incluso un poco divertidas, y que él pareciera oírla con tanta atención, sin que sus manos se apartaran ni un milímetro de su piel—. Lo que quiero decir es que te quería. Te quería con todo mi corazón y no ha pasado un día desde entonces en que no me sintiera miserable por haberte hecho sentir de esa forma. Debí disculparme entonces, pero no sabía cómo; lo hubiera hecho en algún momento, pero entonces te fuiste y sentí como si hubieran arrancado un trocito de mí y te lo hubieras llevado contigo.

Ben soltó su mano para abarcar su rostro con ambas palmas y pegó la frente a la suya con gesto grave.

—No me llevé nada —negó él—. He estado aquí todo el tiempo. Incluso cuando no podías verme, cuando intentaba hacer mi vida lejos de este lugar... me quedé, Eliza. No ha habido un momento en todos estos años en que no haya estado contigo.

Ella sintió como si algo muy cálido se hubiese asentado en su pecho; sus dedos se movieron como si tuvieran vida propia y se posaron sobre los hombros de Ben, apoyándose en ellos con suavidad al tiempo que, tras dudar solo un instante en que sus miradas se encontraron, ambas brillando por la anticipación, cerró los ojos y buscó sus labios con un suspiro.

Él sabía a casa. A tardes en el salón, risas y cuentos de hadas.

Y aunque Eliza sabía que en realidad nadie podía saber a todo eso, que sus ideas provenían de los recuerdos que la presencia de Ben había traído a su vida, a ella le pareció que en cierta forma un poco rara y sin duda mágica, no andaba del todo desencaminada. Él le había traído de vuelta parte de su vida, aquella en la que fue más feliz y que no sabía que había echado en falta hasta que lo vio de nuevo.

Al entreabrir los labios, segura de que ese debía de ser uno de los momentos más bonitos que había experimentado nunca, se dijo que Ben había estado en lo cierto. Lo supo entonces. Él nunca se fue. Su recuerdo se había quedado asentado en su corazón y aunque ella había pasado mucho tiempo intentando hacer como que no estaba allí, la verdad era que en el fondo lo sintió todo el tiempo y en ese momento, entre sus brazos, le pareció más vivo que nunca.

BEN

Bern aguardó a oír las quejas de Deny en cuanto divisó la silueta de Eliza al otro lado del ventanal que daba a la calle. Ella andaba a trompicones, enfundada en un abrigo de lana que la cubría de pies a cabeza y con un enorme gorro calado hasta las cejas. Una de sus manos tiraba de la correa del pequeño perro que trotaba a su lado, tan abrigado como ella, y la otra la usaba para sujetar un paquete envuelto en papel de estraza que mantenía pegado a su pecho.

—Allí está otra vez.

Deny había llegado a su lado sin que lo advirtiera, tan concentrado estaba en observar a Eliza. En ese momento, su ayudante chasqueó la lengua y lo miró con el ceño fruncido; se había cortado el cabello la semana anterior y sus rizos rojizos habían sido reemplazados por unos pinchos que no le favorecían en absoluto, lo que él sabía bien y lo tenía de muy mal humor.

—¿Es que no tiene a nadie con quién dejarlo? No creo...

Ben lo interrumpió antes de que pudiera despacharse con sus reclamos, cosa que ocurría un día sí y otro también cuando Eliza se presentaba en la librería con el perro al que había decidido adoptar.

—Somos *pet friendly*, Deny.

—Pero...

—Somos *pet friendly* —repitió él tan pronto como lo vio abrir nuevamente la boca—. Ahora ve a buscar un poco de agua para ese chico. Y sé amable.

Su ayudante se alejó refunfuñando y Ben esbozó una sonrisa divertida porque dudaba de que en el fondo le disgustara tanto el perro como le gustaba aparentar. Lo había visto dándole algunas migas de galletas cuando creía que nadie miraba; así que lo más seguro era que Deny solo intentara mantener su reputación de empleado descontento.

Las campanillas tintinaron en cuanto Eliza cruzó la puerta y Ben se apresuró a ir hacia ella para sostener al perro por la correa en tanto ella se deshacía del abrigo y el gorro con un resoplido.

—Estoy congelada —murmuró ella con los dientes castañeando— ¿Tienes café?

—Sabes que sí. No creas que no sé que es por eso por lo que vienes tan seguido.

—Me has descubierto.

Ben sonrió y ella lo siguió con paso apurado luego de atar la correa del perro al lado del mostrador. Deny llegó poco después con un recipiente con agua y el animal empezó a beber luego de que ambos intercambiaran una mirada de desconfianza.

Cuando el ayudante se marchó nuevamente luego de dirigirle un gesto de saludo, y en tanto Ben se ocupaba de rellenar un par de tazas con café humeante, Eliza dejó el paquete en el suelo, apoyado contra sus pies con un ademán despreocupado, pero a Ben no se le escapó que lo sostenía como si temiera que pudiera dañarse.

—¿Cómo va?

Ella no habló hasta que hubo apurado la mitad de su bebida y entonces señaló el interior de la librería con una cabezada. Para ser la mañana de un 25 de diciembre, era sorprendente que se viera ya a varias personas pululando entre las estanterías.

—No me puedo quejar.

Ben apoyó los antebrazos sobre el mostrador y la observó con una ceja alzada.

—Eso veo.

—Supongo que las ventas bajarán luego de las fiestas —continuó él—; así que tenemos que aprovechar la temporada. Estoy ansioso por ver entrar a todos esos chicos que van a gastarse

hasta el último centavo del dinero que recibieron por Navidad en libros.

Eliza frunció la nariz.

—Para tener una ocupación tan romántica, puedes ser un comerciante bastante despiadado ¿no?

—¿Qué quieres que te diga? El café no se paga solo.

Ella se encogió de hombros para dar a entender que no había nada que pudiera rebatir a eso último y Ben aprovechó que no había nadie cerca para buscar su mano sobre el mostrador. Eliza parpadeó y esbozó una sonrisa al tiempo que le devolvía el apretón, apresando sus dedos entre los suyos. A él le pareció encantadora la forma en que un casi imperceptible rubor asomó a sus mejillas y, cuando fijó su atención en sus ojos, se encontró con una chispa en ellos que le quitó el aliento.

Era algo que ya había notado antes. Para ser más preciso, luego de que fuera a su apartamento y compartieran ese beso que no habían dudado en repetir una y otra vez en los últimos días. Parecía como si aquello, aunado al impacto que significó para ella la muerte de la señora Morris, hubiese terminado por derretir ese muro helado que mantuviera entre ambos y también con el resto del mundo; desde entonces, Eliza se veía más alegre y con una actitud mucho más despreocupada. Ni siquiera había vuelto a hacer mención a los villancicos que ponía en la librería y en una ocasión en que pasó por la tienda de mascotas, la vio riendo con la señora Fitzwilliam en tanto ambas lucían unos tocados de reno.

Ben supuso que no había nada de raro en eso. Él se sentía igual. No que estuviera muy presto a ponerse astas en la cabeza, pero de alguna forma, el haber aclarado las cosas con Eliza y, aun más importante, dejarse llevar y reconocer sus sentimientos por ella le había dado una especie de vuelco a su vida. Todo le parecía más luminoso, más real, al alcance de su mano.

Él y Eliza habían salido un par de veces y si bien al comienzo, después del beso que ninguno sabía en qué lugar los dejaba, se habían sentido un poco incómodos, luego todo pareció fluir con una naturalidad sorprendente. Era como si el tiempo no hubiera pasado para ellos. Hablaban hasta que se les secaba la garganta, poniéndose al día hasta en el más mínimo detalle de las que habían sido sus vidas hasta entonces; intercambiaron anécdotas, rieron a carcajadas y visitaron muchos de los lugares por los que deambularon en su adolescencia.

Ella le había dicho una vez, poco antes de despedirse luego de que él pasara buena parte del día en su apartamento, que estar a su lado se sentía como haber vuelto a casa. Luego de eso, Eliza se sonrojó hasta la raíz del cabello como si temiera haber dicho demasiado, pero él la tranquilizó al responder que sí, que era exactamente como se sentía él también, con la única diferencia de que, en su caso, era una expresión mucho más literal.

Desde entonces, se veían cada día en los momentos que tenían libres y aunque no habían podido compartir la víspera de la noche anterior porque él se quedó hasta las tantas en la librería y Eliza había prometido dar una mano a la señora Fitzwilliam en la tienda para que ella pudiera pasarlo con su familia, habían acordado ir a cenar esa noche en casa de Linda, su hermana, que al parecer estaba ansiosa por ver nuevamente a Ben y enterarse de qué pasaba entre ambos.

Pero antes de eso, había un tema que deseaba tratar con Eliza y aunque le preocupaba un poco su reacción, confiaba en que terminara por comprender.

—Oye...

—Pensé que estabas bromeando con lo del muérdago, pero era cierto. Está en todas partes.

Ben parpadeó y siguió su mirada, que iba de un lado a otro de las estanterías más elevadas con un gesto de sorpresa.

—No está en todas partes —negó él—. A lo mucho habrá dos o tres...

—Yo he sumado cuando menos cinco.

—Entonces ha sido cosa de Deny —Ben se encogió de hombros y aclaró su garganta antes de continuar—. Mira, quería comentarte algo.

Ella debió de captar la seriedad en su tono porque frunció un poco el ceño y se sentó muy erguida en el taburete, observándolo con curiosidad.

—¿Por qué presiento que es algo que no me va a gustar?

—Porque es posible que sea así —reconoció él de mala gana—. Pero te ruego que escuches todo lo que tengo para decir antes de reaccionar.

—Ben, no soy una bomba atómica.

Ben se abstuvo de comentar que a veces podía ser un misil, en especial cuando se enfadaba; pero quería pensar que ese no iba a ser el caso.

—¿Recuerdas los dibujos que me mostraste? —empezó él.

Ella asintió y aguardó a que continuara.

—Bien, es posible que no haya sido el único que los vio.

—¿Cómo es eso? —Preguntó ella—. Me los devolviste.

—Sí, pero antes de eso, cuando los estaba viendo, uno de mis clientes les echó un ojo también.

—Uno de tus clientes.

—Sí. Fue solo cosa de un instante; yo estaba aquí mirándolos y él llegó justo en ese momento, le llamaron la atención y me dijo que le habían parecido muy buenos.

Eliza frunció un poco el ceño, pero a Ben no le pareció que se encontrara enojada por eso, cuando mucho un poco sorprendida.

—Bueno, no es algo tan importante; no lo hiciste a propósito, así que está bien. Pensé que era algo más serio.

—Todavía no he terminado.

La voz de Ben adquirió un matiz risueño y Eliza le dirigió una mirada desconfiada.

—¿Ah, no?

—No —asintió él—. Resulta que anoche recibí una llamada de este cliente. Debí decírtelo desde el principio, pero él trabaja en una editorial; no solo es mi cliente, también es uno de mis proveedores. ¿Recuerdas esos cuentos para niños que llamaron tanto tu atención? —Él aguardó a que asintiera antes de continuar—. Bueno, es su editorial la que los edita. Según me dijo anoche, acaban de perder a dos de sus ilustradores y están en problemas porque han firmado el contrato con un autor muy conocido para editar una serie de libros, pero les falta gente. Entonces él recordó los dibujos que le mostré y se preguntaba si estarías interesada en concertar una cita para que puedan estudiar tus trabajos con más atención porque le gustó tu estilo, es lo que tiene en mente para el proyecto y, si su equipo está de acuerdo, tal vez pueden ofrecerte el trabajo.

Ben aguardó a la reacción de Eliza durante lo que le pareció mucho tiempo. En realidad, resultó más de lo que había calculado que tardaría ella en digerir la noticia, pero no hubo nada en su rostro que le dijera lo que pensaba. Si estaba enojada o entusiasmada.

Al verla con más atención, una vez que ella enderezó los hombros y le devolvió una mirada enigmática, se dijo que tal vez fuera ambas cosas.

—Ya.

Ben frunció el ceño.

—¿Ya? —Repitió él— ¿Eso es todo?

—¿Qué otra cosa puedo decir?

Él resopló.

—No lo sé. Algo más elaborado que «ya», para empezar. Como... ¿piensas ir? ¿Me odias por ser un entrometido? ¿Todas las anteriores?

Para su sorpresa, ella sonrió y entonces reparó en que sus manos continuaban unidas y que no parecía que estuviera interesada en soltarlo.

—Quizá un poco de cada una —reconoció ella al fin con una mueca—. Pero está bien.

—¿Qué está bien?

—Iré. Dame su número y acordaré una cita—indicó ella, elevando un dedo ante sus ojos antes de que él pudiera expresar su entusiasmo—. Pero no tienes que hacerlo parecer más importante de lo que es. Él solo vio los dibujos de pasada, tal vez cuando los vea bien resulte que no le gustan o que no son lo que busca.

Ben habría deseado responder que lo dudaba mucho porque él se había tomado el trabajo de ser muy insistente en su momento para que el hombre de marras los estudiara bien, sin dejar de parlotear acerca de lo talentosa que era y cómo sería un idiota si no consideraba contar con ella si alguna vez se presentaba la oportunidad; pero contuvo su lengua a tiempo.

Ni él había esperado que ocurriera tan pronto ni Eliza lo apreciaría, así que se dijo que bien podía guardarse eso solo para él. En su lugar, asintió con expresión satisfecha y la señaló con la cucharilla con que removía el café.

—Irá bien —dijo, muy seguro—. En un par de años, estarás ilustrando libros de autores famosos tan caros que ni siquiera podré venderlos.

—¿Qué pasó con no hacerlo más grande de lo que es?

—Solo declaro un hecho —indicó él con desenfado.

—Ya. Entonces, según tú, mi trabajo será tan cotizado que va a estar fuera de tu alcance.

—Exacto.

Eliza le dirigió una mirada divertida y un tanto misteriosa antes de ponerse de pie y tomar el paquete que trajera con ella.

—En ese caso, aunque dudo que tengas razón, parece que estás de suerte.

—¿Cómo es eso?

—Ven conmigo.

Ben la siguió luego de hacer un gesto a Deny para que se ocupara del mostrador. Eliza se había puesto nuevamente el abrigo y, sin que él tuviera tiempo de hacer otro tanto, tiró de su mano para que la siguiera fuera de la librería.

Ella se detuvo en la entrada, de cara a la puerta, y estudió el exterior con ojo crítico, llevando la mirada de la vidriera al abeto decorado con cintas y luces que en ese momento se encontraban apagadas.

—Ábrelo —indicó ella tras tenderle el paquete—. Es una tontería, pero creo que te gustará.

—¿Un regalo de Navidad?

—Algo así. Tú me diste uno; aunque no estoy segura todavía de si me ha gustado o no.

Ben sonrió. Había pasado la mañana anterior para dejarle su obsequio en su apartamento antes de que saliera a trabajar y aun reía al recordar su reacción cuando vio que se trataba de una preciosa edición antigua de *Un cuento de Navidad*.

—Me pareció un regalo muy significativo.

—Porque según tú soy Scrooge.

—Eres el Scrooge renacido —aclaró él en tanto soltaba el nudo de la cinta con que Eliza había asegurado el paquete—. Y tienes que reconocer... ¿con qué has pegado esto? —Ben terminó por romper el papel con un brusco tirón para desenvolver del todo el regalo—... que el Scrooge renacido es un personaje encantador. El hombre prácticamente se convierte en el espíritu de la Navidad.

—Sí, sí, lo que sea. Igual no me convence; te diré lo que pienso de verdad cuando lo haya

releído —respondió ella sin que la idea en sí pareciera molestarle mucho; por el contrario, seguía sus movimientos con la ansiedad pintada en el rostro— ¿Y bien?

Ben no dijo nada de inmediato. Estaba muy concentrado en inspeccionar el trozo de cartón que sostenía entre las manos. Era una pieza más bien pequeña y de fondo blanco; ella no podía verla desde donde estaba porque Ben la tenía vuelta hacia sí y la inspeccionaba con los ojos entrecerrados y una mirada un tanto incrédula, pero Eliza sabía perfectamente lo que estaba viendo; lo que no tenía cómo saber era qué le parecía.

En tanto ella oscilaba en la acera, llevando su peso de un pie al otro con ademán nervioso y se sujetaba las manos tras la espalda para hacer algo con ellas en lugar de arrebatarse el regalo para decir que si no le gustaba podía llevárselo y darle luego otra cosa, Ben contemplaba con expresión concentrada el dibujo que había hecho durante esas noches del último mes en que había decidido desempolvar sus útiles de dibujo.

Era una ilustración preciosa que representaba a un hombre de pie ante la puerta de una librería; de esa librería, descubrió Ben al estudiar el escaparate y el árbol de ramas que parecían mecerse por la brisa con montoncitos de nieve derritiéndose a su alrededor. Las luces del interior del negocio irradiaban una luminosidad que pareció traspasar el dibujo. El hombre... él, supuso, Ben, estaba de perfil ante la puerta, con las manos apoyadas en las caderas y una inconfundible sonrisa en el rostro. Se veía feliz, orgulloso, incluso un poquito ufano, lo que le llevó a pensar que era así como debía verse cada mañana cuando abría el negocio y se quedaba un momento de pie ante la puerta contemplando el resultado de ese sueño un poco loco que aun no estaba seguro de a dónde lo llevaría pero el cual no cambiaría por nada.

Eliza tenía que haberlo visto alguna vez en esos momentos, dedujo él, entre contrariado y emocionado porque ella se hubiera detenido a observarlo entonces y decidiera llevar al papel precisamente ese instante.

—No tuve tiempo para enmarcarlo.

La voz de Eliza se alzó entre ambos y él parpadeó un par de veces para aclarar su mente; entonces llevó la mirada del dibujo que aun sostenía con más fuerza de la necesaria al rostro indeciso de la mujer ante él.

—Pensé que una vez que esté enmarcado podrías ponerlo al lado de la puerta o si lo prefieres adentro, detrás del mostrador; seguro que a nadie se le pasará desapercibido si lo pones encima de la cafetera —intentó bromear ella con voz un poco temblorosa—. Vamos. ¿No vas a decir nada? Es el cabello ¿verdad? Se ve demasiado oscuro, pero es que no pude dar con el color exacto...

Ben sacudió la cabeza de un lado a otro y sostuvo el dibujo con una mano en tanto iba hacia ella para enlazar sus dedos con la otra; sin vacilar, buscó sus labios y por un instante el mundo a su alrededor pareció desaparecer. Solo eran ellos dos en medio de una calle vacía, con las ramas del abeto agitándose sobre sus cabezas y el acompasado latir de sus corazones.

Cuando se separaron para recuperar el aliento, Eliza exhaló un hondo suspiro y entornó los párpados.

—¿Eso quiere decir que sí te ha gustado? —Preguntó ella con voz risueña.

—Me encanta —respondió él—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

—¿Incluso mejor que la armónica vieja que encontré en la calle y que te di cuando teníamos doce?

Ben sonrió.

—Mejor que eso. Pero por muy poco —indicó él—. Aun la tengo ¿sabes?

Ella parpadeó, sin ocultar su sorpresa. Aun permanecían abrazados y la gente que pasaba les

lanzaba miradas curiosas y un tanto divertidas.

—¿En serio? ¿La has guardado todo este tiempo?

—Claro que sí.

Eliza sacudió la cabeza de un lado a otro y esbozó una dulce sonrisa. Pareció como si hubiera deseado decir algo pero no encontrara las palabras para ello y, en su lugar, terminó por asentir como si hubiera llegado a un tipo de conclusión y enlazó un brazo con el suyo, tirando de él para volver a la librería.

—Vamos —dijo ella—. Tenemos que pensar en dónde vas a ponerlo.

Él asintió y se dejó llevar, pero en cuanto llegaron al umbral, se detuvo de golpe y señaló hacia arriba con un gesto. Al llevar la mirada hacia allí, Eliza frunció el ceño y observó el muérdago que colgaba sobre ellos.

—¿En serio? —Preguntó ella.

Ben no supo si se lo increpaba a él o al universo; estuvo a punto de empezar a reír por la gracia que le hizo su expresión ultrajada, pero entonces ella pareció cambiar de opinión porque, luego de encogerse de hombros, tiró del frente de su camisa y lo atrajo hacia ella.

Y entonces, descubrió él, el mundo se detuvo una vez más.

FIN

NOTA DE AUTORA

Muchas gracias por llegar hasta aquí; espero que hayas disfrutado de esta historia y que tanto Eliza como Ben se hicieran un lugar en tu corazón. Creo que este ha sido un año complicado para el mundo y que necesitamos echar mano de todas nuestras reservas de amor y solidaridad para sobrellevar estos tiempos. Nunca habrá suficientes historias románticas ni ejemplos de valor y perdón para compensar la oscuridad que a veces nos rodea. Quiero desearte unas hermosas fiestas y que la ilusión de la Navidad permanezca siempre viva en tu corazón.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis padres, por despertar en mí el amor por la lectura.

Gracias a las estupendas autoras amigas que he tenido la oportunidad de conocer y aprender a admirar y respetar durante todo el tiempo que llevo sumergida en esta maravillosa aventura. No quiero mencionarlas porque temo dejarme alguna, pero estoy segura de que saben quiénes son y lo mucho que significan para mí.

Gracias a mis queridas amigas del Club de lectura Leo Romántica Perú. Este año tortuoso no ha impedido que descubra nuevas y estupendas lecturas a su lado.

Gracias a Nathaly Pedrero, Eyllen Morante, Victoria Delgado, Anabel Reyes, Verolectora, Elizabeth Bowman por estar siempre allí. Esto no sería ni la mitad de divertido sin ustedes.

Gracias a todas y cada una de las personas que han dado una oportunidad a mis historias, que han compartido mi ilusión ante un nuevo proyecto y han replicado las noticias haciéndome sentir arropada y querida.

Y por último, gracias a ti, que quizá nunca habías leído ninguna de mis historias y decidiste atreverte con esta. Espero que fuera una sorpresa agradable.

CONOCE UN POCO MÁS DE LA AUTORA

Claudia Cardozo (Lima, Perú)-. Desde muy pequeña se dejó seducir por la magia de las letras, enfrascándose en la búsqueda de nuevas experiencias por medio de la lectura. Estudió una carrera relacionada con los números y dedica buena parte de su tiempo libre a escribir, leer, y compartir momentos con su familia. Admiradora de Jane Austen, comparte en gran parte su visión de la vida.

Se especializa en el género romántico y ha publicado diversas novelas con una importante aceptación del público en varias editoriales, como Vestales, Romantic, Harlequin, Penguin Random House, entre otras.

Ha resultado finalista del Certamen de Novela Romántica Vergara 2017 y del Premio Harlequin de Novela Romántica 2019.

También ha publicado numerosos relatos en antologías y revistas. En su página web, claudiaescritoraylectora.blogspot.com, se recoge más información sobre sus proyectos actuales, sus premios literarios y sus publicaciones en Internet. También puedes seguirla en sus redes sociales y enterarte de sus últimas novedades:

Facebook: <https://www.facebook.com/claudiacardozoescritora/>

Twitter: <https://twitter.com/AglaiaCallia>

Instagram: <https://www.instagram.com/claudiacardozoautora/>